

Josefina Muriel

Cultura femenina novohispana

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

545 p.

(Serie Historia Novohispana, 30)

ISBN 968-58-0313-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 abril 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libro/cultura/femenina.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

me encomendé muy deveras al Santo, y no cesaba de pedirle con lágrimas de mi corazón, que me alcanzase de su Majestad el perdón de todos mis pecados. Comulgué en su día, y después de haber comulgado estaba recogida en oración en el coro, y sentí entrar en mi alma unos rayos de luz muy resplandecientes, que me llenaron de gozo, y alegría, deshaciéndose todas las tinieblas. y obscuridades en que había estado penando; luego sentí la presencia del Señor y me dijo con gran amor: María ya te he concedido todo lo que me has pedido, por la intercesión de San José, ya no estés más afligida, que ya estás perdonada y has quedado como el día en que recibirse el Bautismo. Éste es el vestido que me has pedido te vista de mi gracia, y de mi amor: no entendas, que te dejo sola padecer, que mirándote estoy y con ternura de verte padecer de ordinario tan pesados trabajos.

No me parece me ha hablado el Señor otra vez con más amor, que en esta ocasión. Yo estaba corrida, y avergonzada de ver mi ruindad, y cuán mal sé corresponder a tantas finezas, y mercedes como recibo de su Majestad. Estando en esto tocaron a vísperas, que como era Cuaresma se rezaban por la mañana: yo me puse a rezarlas hecha un mar de lágrimas (como es ordinario de mí) de ver lo que el Señor está obrando en quien merece estar en el infierno, y me hallé con facilidad para pronunciar las palabras sin estorbo alguno, que fue de gran consuelo para mí. A todo esto estaba yo sintiendo a su Majestad a mi lado, y volvió a hablarme: Yo estaba absorta de ver, lo que me estaba acaeciendo, que cada palabra que pronunciaba, veía salir de mis labios una luz muy resplandeciente, en forma de una estrella: ésta la veía subir a lo alto hasta entrar en el cielo, y llegar ante el trono de su Divina Majestad. Allí paraba, y de esta manera veía ir subiendo todas las palabras que iba diciendo ...hasta que acabe de rezar las vísperas. Luego me dijo el Señor. Hija, mira cómo no está en tu mano el rezar cuando tú quieres, sino cuando yo quiero, y cómo sin mí, no puedes por ti sola nada; en esto conocerás, que más me agradas cuando no rezas, porque no puedes, por lo que en esto padeces, y con sólo el ansia que tienes de rezar, y de cumplir con el Oficio Divino me agradas; que yo no miro lo exterior, sino lo interior del alma y cuando estás con aquellas ansias, y fatigas de que no puedes rezar como tú quieres, brotan por todas las partes de tu cuerpo, estrellas con que me agradas mucho.

La vida de María de San José en el convento de Santa Mónica de Puebla, era en lo exterior como la de cualquier otra monja: barría, cosía, rezaba con la comunidad en el coro, oraba en lo particular

en la tribuna o en las ermitas del jardín y cumplía el oficio que se le asignaba. Sus escritos nos narran lo ocurrido en el interior de su alma, que sólo en casos excepcionales se proyectó en el exterior en los primeros años. Las monjas sus compañeras sólo debieron notar ese andar a veces "embobada" o fuera de sí, como distraída de las cosas de este mundo o su andar más lento por los dolores que sufría y la debilidad en que deben haberla tenido sus continuados ayunos y penitencias.

Lo que sí vieron y admiraron todos fue aquello de lo que no habla en sus escritos; sus virtudes. Su biógrafo dedica a ellas gran parte de su libro. El conocer sus virtudes fue la razón que encontró el obispo para nombrarla fundadora del convento de Nuestra Señora de la Soledad de Oaxaca, con el cargo de maestra de novicias.

Este convento agustiniano fue edificado a expensas del doctor don Pedro de Otálora, arcediano de la catedral de aquella ciudad, para dar mayor veneración a la imagen de la Virgen de la Soledad, a la que por su gran devoción habíale ya levantado un hermoso santuario. Consiguió que el ilustrísimo señor Isidro Sariñana y Cuenca, obispo de dicha ciudad, y el diocesano de Puebla, ilustrísimo señor Manuel Fernández de Santa Cruz, se interesasen en su proyecto. El primero pidió permiso al Papa y al rey para que se fundase en su obispado y el segundo para que las monjas de Santa Mónica de Puebla fuesen a la ciudad de Antequera por fundadoras. Se alcanzaron los permisos en 1695, mediante la real cédula de Carlos II y el Breve de Inocencio XI. El 2 de enero de 1697, acompañadas por el licenciado Aсенxos, salieron de Puebla las fundadoras: la madre Bernarda Teresa de Santa Cruz en el cargo de Priora; Ana de San José como superiora; Antonia de la Madre de Dios, como tornera; María de San José, como maestra de novicias, y una hermana de velo blanco para enseñar a las jóvenes oaxaqueñas los oficios de la casa. Llegaron el 6 de enero, tras cinco días de camino hecho en coche de caballos, interrumpido sólo por el descanso nocturno en diferentes poblados.

El viaje y el cambio de convento no modifica la vida interior de María de San José en lo más mínimo, como no la altera tampoco el tener que ocuparse en la formación de las novicias.

La orden de que escribiese le fue renovada allí, y así la historia de su vida interior se prolongó hasta su muerte. Muchos de sus mejores escritos místicos fueron hechos en ese monasterio, en el que pasó veintidós años de su vida.

De febrero de 1697, el primer año que pasó en Oaxaca, son estas páginas:

Lunes de Carnestolendas, tocaron a oración de Comunidad por la tarde y yendo al coro, sentí en el corazón, una llama de fuego de amor a mi Señor. Esta merced siempre viene junta con un dolor grande de no ser la que debo, que éstos son los mensajeros que de ordinario vienen a avisarme se acerca el Señor, para favorecerme. Estando ya en el coro recogida vi entrar por la reja al Señor, y se puso en cruz sobre la misma reja, y desde allí empezó su Majestad a hablarme, y me dijo: Hija, aquí vengo a descansar contigo, huyendo de las grandes ofensas, que en el mundo se están cometiendo contra mí. Yo al oír estas razones me ví a mí misma con vista interior del alma, levantada en el aire en espíritu, hasta llegar a poner mis labios en la Llagá de su Costado. Lo que aquí sentí, no hallo términos para explicarlo: porque según sentí me participó su Majestad de sus penas y sus dolores. Quedé padeciendo lo que no cabe en mi corto entendimiento declarar; con un total desamparo de Dios y de todo humano consuelo, que éste es el mayor torcedor, que padecía; que todo lo demás, con ser tanto, me parecía nada, en comparación del desamparo que padecía del Señor y las criaturas, que parecía que hasta las piedras eran en mí contra. Desde este día quedé padeciendo sin descansar un punto, ni un instante, ni de día ni de noche; esto duró toda la Cuaresma sin tener rastro de luz, ni saber si había Dios para mí, salvo un día, que estaba muy fatigada, sentí la presencia de mi Señor, y me dijo: Hija, qué quieres tener si estás participando de mis penas y mis dolores.

Con esto quedé tan confortada, que todo me parecía nada. El último día, que se despidió el Señor Don Ignacio de Asenxos para volverse a la Puebla, todas estábamos muy tristes, por la gran falta que nos hizo y hace. Al salir del confesionario encontré con nuestro Señor, y me dijo: María no te aflijas, que ahora que faltan todos los consuelos de acá, he de asistir yo a todas; y mira, que te quiero para muchas, y grandes obras. Mucho me dio a entender su Majestad en estas razones; mas no de modo, que pueda por ahora declararlo. El día siguiente estaba oyendo Misa, y vi venir a nuestro Señor desde el Altar donde estaba el sacerdote: Sólo veía las manos y los brazos que los traía abiertos, me los echó al cuello dándome abrazos estrechamente, me dijo: Hija querida de mi corazón y mi María, descansa en mí y yo en tí; que pues participas de mis penas y amarguras, razón es que yo te participe de mis gustos y glorias. Bebe hija, bebe a boca llena del río de mis dulzuras y amor: descansa en mis brazos, pues tan trabajada estás. No es posible decir lo que aquí sentí, no sabía que hacerme por no oír estas cosas de mi Señor; toda estaba hecha una llama de amor, y

duró el estar con este fuego dos, o tres días, conociéndolo, y conociéndome.

Su profunda vida interior, sus éxtasis, "sus vuelos de espíritu" la hicieron extremar su responsabilidad de maestra, haciéndola sufrir al no encontrar la cabal respuesta a sus enseñanzas. De esto escribe:

Un día me ví sumamente ahogada: ya las aguas de la tribulación me llegaban a la garganta de ver algunos descuidos, que yo no puedo remediar en algunos sujetos, que tuve en el noviciado, que no pueden llevar nuestro instituto, y modo de vida con el rigor, y tesón que se debe, esto es en una, o en otra, y como yo las veo, es tanto lo que siento cualquiera cosa, o acción, que no sea muy ajustada, en las que tuve, y crié, que quisiera me enterrasen primero viva, que ver a ninguna, que no estuviese muy ajustada y puntual al cumplimiento de sus obligaciones. Con esta amargura entré en el coro hecha un mar de lágrimas, y le pedí a su Majestad y a sus SS. Madre me perdonasen los yerros, que tuve en tiempo que las tuve en el noviciado, nacidos de mi tibieza, corto espíritu y mucha inutilidad, que bien veía, que no era de provecho para cosa que fuese buena.

A esto me respondió la Santísima Virgen de la Soledad, que está en el Altar mayor según me parece, y sonaron las palabras en lo escondido del alma, que fueron éstas.

Acuérdate de lo que te pasó recién venida estando leyendo en el refectorio el capítulo que te toca en las Constituciones, que te afligiste mucho de ver las obligaciones tan grandes, que tienes en el cargo de Maestra de Novicias, en esa ocasión te consolé diciéndote: Yo soy la Maestra, y te supliré todas tus faltas.

Años después ella misma valora la fundación hecha cuando escribe:

Doce años ha, y va para trece, que estamos en esta fundación trabajando las que venimos, *con el alma, y con la vida lo que no es decible* y si ahora me dijeran, era necesario que yo diese mi vida, y derramase toda mi sangre a manos de verdugos crueles, porque esta Comunidad estuviese con toda perfección, la diera al punto y derramara toda mi sangre porque se consiguiera y que esto fuese siempre muy adelante. En algunas ocasiones me ha acaecido estar en este deseo y estas ansias tan ardientes de derramar toda mi sangre y dar mi vida por el aumento de virtudes, y creces espirituales de este convento, y he llegado a sentir tan caliente la sangre, como si estuviese hir-

viendo: así la sentía correr por todo el cuerpo: las venas de los brazos las tenía tan gruesas, que parecía se reventaban ya y faltaba la sangre. Ya se ve que estos deseos y fervores, Dios es quien los pone, y quien juntamente da resignación, y conformidad.

Sabemos que nunca le fue fácil ni de su agrado escribir, que lo hizo en Puebla por orden del ilustrísimo don Manuel Fernández de Santa Cruz y en Oaxaca por la del obispo fray Angel Maldonado que a finales de su vida, era también su confesor. Escribía por obediencia, pero a pesar de ello tuvo frecuentes escrúpulos en hacerlo, porque divulgar los favores extraordinarios que Dios le hacía chocaba con la conciencia de su propia miseria.

Este conflicto interior lo confiesa en los últimos años de su vida, diciendo:

Llegué a comulgar, el día once de enero de mil setecientos y cuatro, sumamente fatigada del combate, que interiormente llevaba sobre los escritos: me parecía, que a la hora de la muerte no he de tener otra cosa que más me atormente, y cause pena, que estos escritos. Tanta era mi apuración, que me parece, que si por mí fuera, antes de bajar a comulgar hubiera echado fuera de la celda todo el recado de escribir, para no tomar más la pluma. Comulgué con este trasiego y después me quedé oyendo Misa, y como la fatiga iba creciendo más y más con un total desamparo de Dios, exclamé a su Majestad hecha un mar de lágrimas, y amarguras, pidiéndole no permita que yo le desagrade en estos escritos: que poderoso es para mover los corazones y que la obediencia me ordenase otra cosa. Aquí oí una voz, que sonó allá en lo interior del alma, y al punto por el efecto que sentí, conocí que era de su Majestad esta voz; salió del mismo altar donde el Sacerdote estaba diciendo la Misa, y me dijo estas razones: Mira que yo te asisto y no te falta; escríbelo, que todo es de mí, y nada de ti y si no, mira si por ti sola hubieras podido dar un solo paso y hecho lo que has hecho.

No conocemos cuáles fueron las últimas páginas que escribié, y el biógrafo lo calla, empero reprodujo un párrafo de la carta que dirigió al licenciado Ignacio Asenxos un año y cinco meses antes de su muerte, en la que le pidió que suplicara a la Virgen María conservara la vida de su confesor (que era el propio obispo) para que la asistiera a la hora de su muerte que ya se aproximaba. El 8 de marzo de 1719, contando 63 años de edad, falleció.

La noticia de su muerte corrió por aquella ciudad que ya conocía su santa fama; las gentes del pueblo llegaban al coro bajo para

verla tras la reja, y cuenta el biógrafo que llegó a reunirse tal multitud, que las comunidades religiosas, los cabildos eclesiásticos y civiles que acudieron invitados por el obispo a presidir las honras fúnebres, no podían llegar al presbiterio porque habían invadido la iglesia y sus alrededores.

El obispo de Antequera encomendó el sermón panegírico al padre Sebastián de Santander y Torres, sermón que meses después sería publicado en la ciudad de Puebla por el impresor Ortega, con fecha de 1719 y reimpresso en Sevilla en 1723.⁶¹

El padre Santander y Torres debió sentirse atraído por la personalidad de María de San José, porque se dio a la tarea de leer todos sus escritos, estudiar su vida, investigar en el convento de Santa Mónica de la Angelópolis y con la propia familia todo cuanto de ella se conocía. De este trabajo sacó las noticias con que escribió su obra *Vida de la venerable virgen María de San José*. Su interés en escribirla lo muestra el hecho de que en 1723, no bien transcurridos cuatro años de su muerte, apareciese ya impresa en la ciudad de México.

La obra fue dedicada al obispo de Oaxaca que tanto conoció a la distinguida monja, y que seguramente fue el que proporcionó los escritos de la misma para su estudio y publicación. Esta edición, hecha por los herederos de la viuda de Miguel de Rivera, presenta un grabado con el retrato de María de San José, firmado por Sylvério S.M.

Dos años después se hizo una reedición en Sevilla bajo el rubro de los editores: Imprenta Castellana y Latina de Diego López. Año de 1725.

MICAELA JOSEFA DE LA PURIFICACIÓN LUQUE MONTENEGRO DAZA DOMÍNGUEZ (1681-1752)

Hija de Ignacio Luque Montenegro y Teresa Daza Domínguez, nació en Puebla de los Angeles el 9 de octubre de 1681. Fue parte de una de esas familias del virreinato, profundamente cristianas, en la que hubo un sacerdote y tres monjas. Por ello no fue extraño que Micaela profesase en el convento carmelita de San José de aquella ciudad el 13 de enero de 1699.

Tuvo en el convento muchos cargos, entre ellos el de maestra de novicias, portera y sacristana. Cuando ocupaba el de secretaria (1704), el convento cumplió un siglo de fundado, haciéndose solemnes cere-

⁶¹ Sebastián de Santander y Torres, *Elogio fúnebre de la Venerable Madre María de San José, religiosa agustina recolecta de Antequera de Oaxaca*, Puebla, Imp. Ortega, 1719.

monias conmemorativas. Sor Micaela, junto con otras monjas, quiso que aquel centenario quedara vinculado a la historia de la orden carmelitana, pues en la *Crónica general* no se mencionaba la existencia del convento angelopolitano.

Cuando Joseph Gómez de la Parra terminó la crónica del convento poblano, *Fundación y primer siglo del muy religioso convento de San José, de Carmelitas descalzas de la ciudad de Puebla*, Micaela Josefa era ya la priora, por lo cual le correspondió hacer la carta dedicatoria. En ella manifiesta con evidencia su cultura en humanidades cristianas, a la par que su experiencia en el manejo de la pluma.⁶² La discreción que unía a su inteligencia hizo que fuese reelecta priora cinco veces.

Como religiosa se distinguió por su vida mística, al grado de que llegó a comparársela con el beato Juan de Ávila.

Fray Agustín de Miqueorena escribió su biografía que fue elogiosamente aprobada por don José de Eguiara y Eguren, que era a la sazón, entre otras cosas, calificador de la Inquisición y exrector de la Real y Pontificia Universidad de México.⁶³

Gracias al biógrafo conocemos parte de los escritos de Sor Micaela Josefa de la Purificación, pues los reprodujo textualmente. Sor Micaela escribía con facilidad, pero lo hizo con desagrado cuando se le pidió, ya no la historia de su convento, sino la suya propia. El mandato que la obligó a escribir "los beneficios y favores que benignamente le hacía su Divina Majestad", fue uno de los más pesados tormentos de su vida. De la angustia que esto le ocasionaba se quejó en sus cuadernos, escribiendo estas líneas que explican cómo tuvo valor para hacerlo:

Todo esto me atormenta mucho (esto fue víspera de mi Señor San Joseph) que por esto pedí a V.R. me levantase la obediencia de apuntar; pero con la respuesta de V.R. me sosegué, y proseguí en la presencia de nuestro Señor así en la oración como en los maitines de nuestro Padre Señor San Joseph y en su día. En la oración, estuve recogida, y después de la Comunión, me parece, que sentí al Santo a mi lado, a quien le estuve haciendo muchas peticiones, para que intercediera a nuestro Señor y a su Santísima Esposa nuestra Señora, por mí, para que yo acabara de resolverme; y me pareció que me decía mi Santo Padre, yo te ayudaré.

⁶² Fray Agustín de Miqueorena, *Vida de la Venerable Madre Michaela Josepha de la Purificación, religiosa de velo y coro de el observantísimo Convento del Señor de San Joseph de Carmelitas Descalzas de la ciudad de Puebla*, Puebla, Imp. Viuda de Miguel Ortega y Bonilla, 1755.

⁶³ Fray Agustín de Miqueorena, *op. cit.*, aprobaciones.

...Y estando en esto, me pareció que me daba a entender, que esto de ayudarme, era acerca de apuntar y que obedeciera. Esto me parece lo sentía con gran certeza.⁶⁴

Había comenzado a escribir mucho tiempo antes de conocer a Miqueorena y cuando éste empezó a dirigirla, al comprobar sus virtudes, le ordenó que prosiguiese en la tarea. Ella lo hizo, mientras su vista se lo permitió, dejándonos así una sincera información de su vida mística.

Dice fray Agustín que precisamente esta sujeción de los favores de Dios a su director, unidos a sus actos de amor a Dios y su sincera humildad, es "lo que hacen muy creíbles estos divinos beneficios". Y añade: "llegó a tan alto grado de contemplación cuanto es posible conseguirlo en esta vida mortal" y a ella llegaba mediante previa meditación de la Pasión de Cristo. "Tocaba y adoraba muchas veces en la Santa Humanidad, la Sacro-Santa Divinidad...". Adoraba en el corazón de nuestro Divino Jesús, el misterio de la beatísima Trinidad y entendía los misterios de nuestra santa fe católica con tanta claridad que cuando los expresaba en confesionario, era tanta la inteligencia que excedía a la que se pudiera tener con el más estudioso cultivo de la sagrada teología.

Gozó de ese "don celestial" que tuvo Santa Teresa y que tanto hizo pensar a sus directores, que fue el disfrutar de "la amabilísima compañía de Jesucristo" en cuanto hombre, "experimentado, le acompañaba a su lado derecho; cuya vista era un sagrado enigma que sin verle le tocaba y sin hablarle la enseñaba..."

El biógrafo, buscando una explicación a este sobrenatural hecho, dice:

esta enigmática presencia, era una sagrada sombra de la Santa humanidad, la que siendo toda luz, que penetraba su alma y corazón con sus divinos rayos, le imprimía sus santas ilustraciones, dándole perfectísimo conocimiento de sus sagrados misterios..., ...siendo este don sobrenatural, pudo esta sierva de Dios sujetarlo a los estrechos límites de una humana explicación.

Así lo había dicho cuando hablando de esto escribió a su director: "Yo lo siento, lo experimento, lo conozco, sé ciertamente que es verdad; pero no tengo modo de explicarlo."

Sin embargo, relató el hecho cuando le ocurrió por primera vez:

⁶⁴ Fray Agustín de Miqueorena, *op. cit.*, pp. 54-57.

Cuando íbamos en la procesión de las Palmas, me recogí y le iba ofreciendo a nuestro Señor, que como le tendían las capas los de Jerusalén, para que pasara, así le ofrecía a su Majestad las telas de mi corazón, y estando en esto recogida, me pareció, que sentía a nuestro Señor, que iba en medio de la comunidad, y que lo sentía con gran certeza y por más que lo procuraba desechar, no podía y esto ni lo veía con los ojos del alma, ni con los del cuerpo, y lo sentía con gran certeza.

V.R. verá, si esto puede ser engaño, porque yo sólo, por obedecer lo he apuntado, aunque, con gran violencia, y estoy con el consuelo, de que V.R. me ha de corregir en lo que errare, porque ésta es la primera vez, que siento esto exterior.

Cuando recibía estos beneficios, el fuego de amor a Dios le abrasaba el corazón y entonces procuraba retirarse a la quietud de su celda o a la tribuna * para decir allí jaculatorias de alabanza a Dios.

El conocimiento de que los pecados de los hombres ofendían a Dios, la llevó a hacer crueles penitencias por la conversión de herejes, infieles, cismáticos y muy especialmente en reparación de los pecados de los cristianos.

Miqueorena nos relata que en la fiesta de la Asunción de María, tuvo un raptó en el que, privada de los sentidos, parece que salió su alma de la carne:

se le representó a su extático espíritu con perfectísima contemplativa visión, la triunfante Jerusalem y como si ya viviese en aquellas celestiales eternas mansiones, ilustradas no con las limitadas luces del sol, sino con los refulgentes brillos del Inmaculado Cordero Jesús; tocó y adoró con profundo rendimiento a la Santísima Trinidad, a la Sacro-Santa Humanidad de Jesús y a la Emperatriz de los cielos, María...

Este raptó tuvo lugar el 15 de agosto de 1750. Desgraciadamente fray Agustín nos privó de los escritos textuales de ella y usó sus propias palabras para afirmarnos que ese éxtasis de Micaela Josefa está conforme con la doctrina de Santo Tomás, en la que se afirma que la contemplación es un principio de la bienaventuranza "cuya plenitud será la visión beatífica".

En otro cuaderno escribió a su confesor:

Y estando en esto recogida, y con grande amor a nuestro Señor, a quien me parece sentía en mi corazón, con grandes deseos

* Balcón enrejado del convento que miraba hacia el altar de la iglesia.

de entregarme a su Majestad, y asimismo sentí al demonio que me amenazaba. Yo esto lo desprecié, y procuré estar recogida en aquellos actos en que estaba, pero lo que me suspendió los sentidos, fue un ímpetu de amor de nuestro Señor, que me tuvo aquel rato suspensa, con tan gran dulzura de mi alma, que yo no puedo explicarla, y conocía, que aquella suspensión, no era efecto del mal; sino que estaban todos los sentidos amando a nuestro Señor y yo conociendo, que era lo dicho, me alegraba de poder tener la apariencia del mal, para poder con más libertad entregarme a mi Señor. Esto duró como un cuarto de hora, y luego quedé por un rato privada de los movimientos naturales, y fija en el conocimiento de que no había sido el mal lo que por mí había pasado.

De lo que el Señor le enseñaba cuando meditaba los pasos de la Pasión y los sentimientos que en ella se producían tenemos estos párrafos:

Todos los Católicos (decía el Señor) me acompañarían en este paso, si todos vivieran conformes, y resignados a la voluntad divina, pero son pocos, los que con firme resolución lo intentan y menos los que verdaderamente lo ejecutan; porque la ciega ignorancia del mundo quiere conformidad de mi voluntad con la suya y no de la suya con la mía...

.. Padre soy la criatura más ingrata, soy una pecadora; pero qué he de hacer, si es mucha la fuerza, que siente mi alma para estar en la meditación de este paso, que no me puedo apartar de él. Mándeme mi Padre, que no medite en este paso, que tanto me aflige; pero confesándole a mi Padre la verdad, le aseguro, que en él conozco mi soberbia, mi libertad, mi amor propio, mi ingratitud, y todos mis pecados, y se me parte mi corazón de dolor de haber ofendido a un Dios tan amante; ojalá, y todos los pecadores ingratos como yo, meditaran en este lastimoso paso, que creo todos se convirtieran.

En cada uno de los pasos de la Pasión de Cristo meditaba, de cada uno sacaba una enseñanza para vivir mejor, para tener caridad, dándole el Señor, dice el biógrafo, muchas luces de la obligación que tenemos los cristianos de amar a nuestro prójimo por pensamiento, no juzgando mal, sino siempre bien de ellos; por palabra, no hablando mal de ellos, ni en su desdoro, sino siempre en su buen aprovechamiento y, por obra, beneficiándonos unos a otros recíprocamente. Sus últimos éxtasis ya no los pudo escribir, estaba ciega, pero fray Agustín de Miqueorena escribe:

El lunes, me dijo: Padre, me mantengo como dije a V.R., en la oración, dándome nuestro Señor tan claro conocimiento de su divinidad, y de su infinito amor, que apetezco padecer muchos martirios por nuestro Señor: así se mantuvo, según varios signos, hasta su dichosa muerte.

Sor Micaela Josefa de la Purificación llevó en su vida una doble actividad que realizó en forma admirable. Una fue su eficiencia en la vida conventual en la que ocupó los cargos de mayor responsabilidad, incluyendo en esto su participación en la obra histórica que haría conocer su convento; la otra fue su vida interior en la que mediante el duro esfuerzo de estudiar a Dios a través de horas de lectura y meditación, alcanzó un conocimiento de la divinidad y de sí misma, difícilmente alcanzados por quien realiza a la vez una gran actividad exterior.

Su biógrafo explica claramente sus arrebatos místicos y sus éxtasis, como beneficios que Dios le dio, tras la incesante búsqueda que ella hizo de Él durante toda su vida. Falleció el martes 23 de octubre de 1736.

SEBASTIANA DE LAS VÍRGENES VILLANUEVA CERVANTES ESPINOSA DE LOS MONTEROS (1671-1737)

La Gaceta de México en su información del mes de enero del año de 1737 publicó este párrafo:

El día 2 falleció a los 66 años de edad la R.M. Sebastiana de las Vírgenes, religiosa de la Purísima Concepción, en el monasterio de San José de la Gracia, y su vicaria actual. Matrona verdaderamente admirable y en quien concurrieron no sólo las prendas de nobleza en la de la Casa de los Villanueva y otras principales de este reino, sino también las de todas las virtudes en que sin intermisión se ejercitó, como se hará notorio en la historia de su vida, que queda escribiendo su confesor.*

Las místicas, las mujeres santas seguían siendo noticia en los periódicos del virreinato... y los hombres de letras, como el arcediano

* No he localizado esta anunciada biografía, pero habiendo encontrado en cambio los apuntes del confesor y los escritos originales de Sor Sebastiana de las Vírgenes, en ambos basaré este estudio. Los escritos estuvieron perdidos durante dos siglos, encontrándose en el año de 1937. La doctora Delfina López Sarrelange y el Ing. Alberto Escalona los paleografiaron haciendo de ellos el mecanograma que yo he utilizado.

de la catedral, don Bartolomé de Ita, tenían a honor ser sus biógrafos.

Sebastiana es una de las pocas místicas que pertenecen a la aristocracia novohispana. Sin embargo ella renuncia a la preeminencia de su familia cuando en el libro de Profesiones añade a su nombre las humillantes palabras que sólo los hijos de padres desconocidos usaban: "hija de la iglesia".

Sebastiana de las Vírgenes era en realidad hija de don Juan de Villanueva y Cervantes y de doña Josefa Espinosa de los Monteros. Por sus abuelos paternos, don Manuel Souza y Castro y doña Francisca Villanueva y Altamirano estaba emparentada con la más alta nobleza del virreinato. Sin embargo, debido a la institución del mayorazgo, sus padres, como segundones que eran, no heredaron la riqueza a ella vinculado, sólo el estatus social.

Nació Sebastiana en el año de 1671 en una casa de la "calle de enfrente de las casas de la Archicofradía, contigua a la casa del duende".

Por la temprana muerte de sus padres, ella y sus hermanas, doña Juana y Leonel, que murió de 9 años, fueron a vivir al palacio de sus tías, las herederas del mayorazgo.

Los datos que ella da de su niñez y primeros años de adolescencia nos la presentan viviendo feliz en compañía de sus numerosos primos. Primero se entretiene en juegos y va adquiriendo la educación de los niños de su clase. Más tarde empieza a participar en la intensa vida social de su familia. Ella misma describe su adolescencia diciendo: "vivía olvidada de Dios... andando divertida y ocupada sólo en cosas de vanidad..."

Era además, según sabemos, muy hermosa y sociable.

Cuando tenía catorce años, sin sentir vocación por la vida monástica y sólo por tener la compañía de su joven hermana (17 años) que había profesado en Sta. Catalina con el nombre de Juana de la Trinidad, entró al convento. Pero en él se aburría y no tenía intención de llegar a profesar. La oportunidad de salirse de inmediato se la brindó el haber aparecido en el convento una de esas "pestes" que eran frecuentes en ellos, el "tabardillo". Ella enfermó gravemente y su hermana que la cuidaba murió contagiada del mal. Sus tías la sacaron y la tuvieron al margen de toda actividad durante el año que duró su convalecencia. La muerte de su hermana y lo cerca que había estado de sufrirla también, la hicieron reflexionar en la brevedad de la vida. Un día pidió a sus tías la llevaran a confesar con el dominico fray Domingo de Alvarado, quien viendo la madurez adquirida por ella en su año de aislamiento, le sugirió que leyera

las meditaciones de San Pedro de Alcántara y la *Vida devota* de San Francisco de Sales. Fue entonces cuando empezó a parecerle la actividad social un estorbo que interrumpía sus interesantes meditaciones y comenzó a ansiar el retiro monástico.

En las biografías de todas las místicas hay siempre consignado algún hecho extraordinario en su niñez o juventud que empieza a singularizarlas. En el caso de Sebastiana es el encuentro con dos bravos toros que, al momento de atacarla, se detienen, doblan humildes las patas ante ella, lamen sus pies y sus vestidos y luego se alejan. El uno corre escaleras abajo del palacio a donde había entrado mientras ella de niña jugaba; el otro se aleja lentamente; después de habersele enfrentado en la llanura del Lerma cuando regresaba de la hacienda de sus tíos para entrarse de monja en el convento de San José de Gracia.

Nadie la forzó, por el contrario, sus tíos se opusieron pues carecían de dinero para pagar la dote, y tuvo que acudir a la ayuda de una obra pía, ella que era miembro distinguido de la aristocracia. Pero no le importó, había decidido ya su destino, pese a que sólo contaba diecinueve años.

El día 18 de febrero de 1690 hizo su ingreso en ceremonia de gran ostentación. Mas no por ella, sino por su prima que entró ese mismo día. A partir de entonces Sebastiana fue marginando los intereses mundanos y aun los legítimos de la familia.

El año de 1691 la capital del virreinato perdió su tranquilidad por aquel "memorable tumulto" del 18 de junio, dice en sus memorias. Si en las calles el pueblo gritaba, dentro del convento ella vivía también horas de intranquilidad, pues el arzobispo no podía autorizar su profesión y ella carecía de dinero para acabar de pagar la dote y poder "aderezar" el altar según la costumbre en las solemnes profesiones.

Por fin el miércoles 11 de junio logró sus deseos con ayuda económica de sus primos y el adorno prestado de otra ceremonia.

Su vida en el convento presenta, a partir de entonces, dos aspectos que son los medulares en su existencia.

En el exterior es una joven enfermiza, que sufre algo así como una artritis que la tortura hasta la muerte; que come poco, que duerme menos, que desempeña todos los oficios conventuales que le designan (muere siendo vicaria), que lee mucho y medita más. Mujer que, siendo gregaria por naturaleza, deja de sostener esa vida de relación, no porque desprecie al prójimo, sino porque frecuentemente su espíritu se evade hacia Dios, sus oídos no escuchan y las palabras que pronuncia no responden a lo que le preguntan.

Lo que pasaba en su interior, ese segundo aspecto que adquiere su vida, nos lo dejó escrito en las páginas que redactó por orden de su último confesor, el arcediano de la catedral.

Muchas monjas sufrieron la tiranía de los confesores, pero ella tuvo la suerte de encontrar hombres sabios en su camino como el maestro Domingo de Alvarado O.P., fray Juan Bautista Méndez O. F.M. y el último ya citado. Sin embargo, estuvo en el grave peligro de ser dirigida por un sacerdote herético, el padre David, que luego fue quemado por la inquisición. Se salvó gracias a uno de esos sentimientos inexplicables de intuición femenina que la hizo, sin saber por qué, presa de repulsión, salirse del confesionario.

Pocas monjas hay que como ella hagan en sus escritos un reconocimiento tan profundo a la ayuda otorgada por los confesores en la vida mística. Habla de ellos como de la persona que "como padre" la ayuda en ese difícil y peligroso camino, lo mismo en la noche oscura que en los felices arrebatos. Así dice refiriéndose a las vivencias que va escribiendo "para que si voy errada me enmiende y dé luz...", "que es mi padre espiritual" y para que me desengañe... "no vaya a ser cosa del demonio" lo que estoy viviendo...

Añade, refiriéndose al Dr. de Ita: "El señor le dé luz a su entendimiento para el gobierno de mi alma" porque "como soy mujer y mujer tan ignorante, tenía mucho temor y lo tengo ahora cuando escribo".

Ese temor de escribir no se refiere a la forma literaria, pues ella es consciente de que sabe hacerlo, sino a la peligrosa manifestación del contenido místico de sus escritos.

Sus lecturas se van acrecentando con Fray Luis de Granada en su *Guía de pecadores* e incluso con la multicitada *Mística ciudad de Dios* de María de Ágreda.

No sabemos que haya estudiado tratado alguno de teología, pero lo que sí conocemos que leyó y meditó fue el Santo Evangelio. Como todos los místicos, Sebastiana no necesita de los intelectuales teólogos que son los "especialistas en Dios", como los llama Michel de Certeau, ella trata de llegar a Dios por el camino sencillo de la fe y del amor.

La vida, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo se vuelven el centro de sus reflexiones. La riqueza de su contenido le da tema durante toda la vida.

Sus profundas meditaciones la llevan a tal grado de abstracción que rebasa la mera reflexión normal del entendimiento y llega a donde la "vista interior", traspasando lugares y siglos, le permiten



17. Sor María de San José, monja agustina fundadora de los conventos de Santa Mónica en Puebla y La Soledad en Oaxaca

C. SEGUNDO TOMO
DE LAS OBRAS
DE SOROR
JUANA INES
DE LA CRUZ,

MONJA PROFESSA EN EL MONASTERIO
DEL SENOR SANGERONIMO
De la Ciudad de Mexico.

ANADIDO EN ESTA SEGUNDA IMPRESSION
POR SU AUTORA.



Año



1693.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS.

Impresso en BARCELONA: POR JOSEPH LLOPIS,
Y à su costa.

MARABILLAS
DEL DIVINO AMOR
SELLADAS
CON EL SELLO DE LA VERDAD.

ESCRITAS

POR LA V. M. R. M.
MARIA ANNA
AGUEDA DE S. IGNACIO,

Primera Priora, y Fundadora
del Religiosísimo Convento de
Dominicas Recoletas de Santa
ROSA de Santa MARIA de la
Ciudad de la Puebla de los An-
geles, en el Reyno de
Mexico.



LIBRO EN

que se contiene la Vida
de la Madre María Magdalena Morúa pro
fessa del Convento del Señor San Geronimo de la
Ciudad de México. Escrita de Domingo Lorrava
quío, y de Ysabel Muños su legitima muger



Estuvo en una Cama quarenta y quatro
años, y tres meses exercitada con trauasos, en
fermedades, temblores, y Regalos de su Divina
Majestad: Mandaron de sus Confessores
fuesse escriuiendo su Vida
y los particulares Vega
los que de Conti
nito Yeseuia de
Nuestro Señor
Jesu Christo.



estar y verse presente en diversos momentos de la vida y muerte de Cristo.

Veamos la consecuencia de esas meditaciones a través de sus escritos.

Imaginémosla sentada en su celda, mojando la pluma de ave en el tintero y haciendo brotar de ella su pensamiento:

En el nombre de la Santísima Trinidad... para cumplir con la obediencia que me ha puesto mi padre espiritual... me pongo a escribir así de la grandeza de los beneficios que de tu liberalísima mano y por tu sola dignación me has hecho...

Mas fiada en Tí, mi Señor, y en la santa obediencia, digo que en la noche de la Vigilia de la Natividad del Señor, estando en oración, viendo con los ojos del entendimiento al Señor recién nacido en aquel establo, tan pobre, reclinado en el pesebre, haciendo yo esta consideración, admirada mi alma de ver la grandeza y Majestad de Dios en tan despreciado lugar que era albergue de bestias, mi alma encendida en amorosos afectos le daba gracias por el amor con que nos amaba, que le había puesto en aquel lugar y entre dos brutos que le hacían compañía. Estando en esta meditación, viéndome en el portal de Bethlem con la consideración. Habiendo pasado en esta oración poco más de una hora, sin saber cómo, me hallé en el Calvario, y all se me mostró el Señor en la Cruz entre los dos ladrones que estaban crucificados con Su Majestad; veía con una vista interior, a un mismo tiempo, al Señor en aquellas gravísimas penas y dolores, desprecios que estaba padeciendo en la Cruz, le veía tan llagado, corriendo arroyos de sangre de las heridas de sus Santísimas Manos y Pies. Aquí se me representaron las muchísimas blasfemias con que sus enemigos injuriaban al Señor, y como a mi alma se le representó el Señor en aquella noche de su Nacimiento, que fue de tanto gozo y alegría para los ángeles y para los hombres. Decíale mi alma con afectos de amor: ¿Cómo, Bien de mi alma y regalo de mi corazón, te veo en esta noche de tanto regocijo y alegría en esa Cruz con tantos tormentos, y cercado de dolores y a tu Purísima Madre traspasada de dolor? Dios se lo dé a entender a quien me lo manda escribir, pues a un mismo tiempo veía a mi Señor en el pesebre recién nacido y le veía en la Cruz.

Esas visiones duplicadas son extrañas en los escritos místicos que hemos analizado. Sin embargo, si profundizamos el sentido de ellos, veremos que no son ilógicos ni inconexos. El nacimiento y la muerte de Cristo son el principio y fin de un ciclo redentor perfectamente unido. Ahora bien, si lo sacamos de nuestra dimensión temporal y

lo trasladamos a la intemporal en que está el alma en los arrebatos místicos, no hay incompatibilidad porque pasa al plano del eterno presente de Dios.

Estas visiones van presentando dos aspectos de la vida de Cristo siempre interrelacionados, por ejemplo, éste en que contrasta al Señor de la gloria con la víctima redentora, entregada al poder del hombre:

El día de la Purificación, que fue el que comencé a escribir esto. Estando este día en la oración meditando la suma ternura y amor y devoción con que mi Señora llevaba por aquel camino a su Hijo Santísimo a presentárselo a su Eterno Padre en el Templo, cómo iba acompañada de su Santísimo Esposo y de innumerables ángeles, que con suma reverencia y amor iban adorando a su Creador en los brazos de su Señora y Reina, a ese mismo tiempo ví al Señor como cuando lo llevan preso a presentarlo ante Anás y con la vista que tengo dicho, a un mismo tiempo se me representaban estas dos maneras de ver al Señor, en aquellas dos maneras tan desiguales en que iba a ser presentado: en la una le miraba que iba a ser presentado en los amorosos brazos de Su Santísima Madre, y en la otra presentación le veía cargado de prisiones y que casi le llevaban arrastrando con grandísima algazara, injurias que aquí le hacían al Señor de la Majestad; los ángeles le alababan y le adoraban en los brazos de la Señora y los hombres le iban maldiciendo, y en estas dos cosas que a un tiempo me han pasado en la oración, yo no tengo términos ni hallo palabras con que darme a entender, ni cómo decir los afectos y ternuras que por entonces han pasado por mi alma...

Las visiones, los éxtasis que Sor Sebastiana tiene a lo largo de su vida la llevan a descubrir más y más la grandeza de Dios, su misericordia con los hombres y los beneficios particulares de que ella es objeto.

Esto enciende su amor, su rendimiento, su contrición y esto también la hace llevar una vida de gran penitente, no sólo por sus propias miserias sino por los pecados de la humanidad.

Relatando algunos de ellos nos recuerda a las grandes visionarias a las que Dios hace sus confidentes, como Gertrudis la Magna o Margarita María de Alacoque. Con ellas se queja de la *ingratitude* de la *humanidad* que ha olvidado su redención, *de los sacerdotes faltos de fe* y preocupados primordialmente de los bienes materiales. Hay una tercera confidencia en la que el Señor se conduce en particular de *los pecados de la ciudad de México*: "donde con tanta soltura se

dan a los vicios, a la lascivia y a la embriaguez..." viviendo sin temor a la justicia divina.*

Su respuesta sólo pudo ser una: amar intensamente por todos.

No fue la vida de Sebastiana de las Vírgenes un mar tranquilo como podrían hacernos pensar sus gloriosos éxtasis, por el contrario, su existencia transcurrió en medio de tremenda lucha contra las pasiones.

Cuando se leen sus escritos completos, emerge de ellos la historia total de una vida siempre frente a Dios, que es relación constante con él. Por ello hasta la menor de sus acciones tiene importancia. Sus enfermedades, su descanso, sus alegrías, sus trabajos, sus propias miserias, su oración, su lucha tenaz frente a las dudas contra la fe que le sugiere el demonio y la lucha contra "los apetitos de la carne". En varias páginas hace mención a su confesor de ese su esfuerzo por conservar la virtud de la castidad que, como monja que es, debe guardar virginalmente y lo hace para que le dé luz en esa oscura lucha en la cual se ve confundida y temerosa de perder la gracia. Actitud auténticamente humana que revela en ella el drama de la naturaleza caída que lucha una batalla gigantesca en profundidad y en extensión, porque involucra al hombre hasta la médula de su ser y se dilata por todo el tiempo de la vida, para alcanzar el triunfo, la unión con Dios que la ha seducido con su amor.

Ese inmenso amor lo siente volcarse a ella en beneficios muy particulares que la hacen consciente de su pequeñez e indignidad, que la anonadan y la incitan a hacer sólo "su Santa Voluntad":

...le dije a mi Señor: Aquí está esta vilísima criatura indignísima esposa tuya y como tu esposa y que deseo agradarte y en todo hacer tu Voluntad santísima, haz Señor de mí lo que te agradare, que yo no quiero, ni desea más mi alma, que en todo hagas en mí Tu Voluntad. Más ya sabes, Dueño mío y mi Señor, mis pocas fuerzas y mi gran flaqueza en el padecer y así te pido ¡bien de mi alma!, que me esfuerces con tu Gracia y que enciendas mi alma y corazón en tu Amor y no te pido otra cosa y haz de mí lo que fuere de Tu agrado, que yo no deseo más, ni quiero otra cosa que hagas Tu Santísima Voluntad en mí, que la mía es hacer la tuya.

En medio de esa lucha, Dios esconde su presencia, iniciando en ella esa otra parte de la vida del místico que es llanto inconsolable del espíritu por el alejamiento del amado.

* Este señalamiento de la corrupción moral en la vida social del virreinato coincide con diversas relaciones dispersas en la literatura de la época.

Si su presencia le es vida, luz, gozo incomparable e indecible, su ausencia es desolación que sabe a muerte. Por esto si en unas páginas pone estas palabras gozosas:

...con los ojos del alma, vide a mi amorosísimo Jesús resucitado con grandísima gloria y resplandores que de Su Santísimo Cuerpo salían, que excedían en hermosura y claridad con grandísimas ventajas a las que tiene el Sol...

En otras su pluma escribe con hondo dolor:

...volví a quedar en tan terrible oscuridad y desamparo como estaba y aun mayor, que me parecía ya para mí no había Dios, ni misericordia, que ni Cielo, ni ver ni gozar en él a Dios era para mí. De manera estaba que hasta la luz material se me representaba oscura, en nada tenía consuelo ni lo hallaba mi alma, si lo buscaba por medio de la oración allí era mi mayor padecer, porque en ella tenía el no poder tener siquiera un buen pensamiento, pero qué digo buen pensamiento, cuando ni de Dios me podía acordar...

Ese súbito cambio de atisbos de la gloria a penas que parecen infernales nos lo manifiesta diciendo:

repentinamente me comenzaron tan terribles tentaciones con una oscuridad en el entendimiento y tan grandísimas sequedades en la oración, que no podía ni actuar ni aun tener un buen pensamiento, antes me combatían terribles congojas y feísimas representaciones de los demonios, poniéndome grandísimo espanto. A esto se seguía el tener terribles tentaciones contra la fe que me parecía no había Dios y que yo lo creía el que no había Dios y que si lo creía, no lo amaba. Y cuando estaba de esta suerte padeciendo esta tentación, que me parece es la más terrible que puede padecer el alma que desea amar a Dios, es el mayor desconsuelo que en esta vida se puede tener. No tengo términos, ni hallo razones cómo poder explicar lo que mi alma padecía.

En medio de la tormenta la sostienen las virtudes teologales que ella vive heroicamente.

La presencia del Señor no se anuncia al místico, es un arribo silencioso e íntimo, Así como a las tinieblas de la noche sigue tranquila la claridad de la mañana, la luminosidad del Señor disipa la "noche oscura del alma":

...mi alma y sus potencias estaban en unas oscuras tinieblas, hasta que... el lunes de Pascua después de haber comulgado tuve un recogimiento interior con una grandísima certidumbre de la fe de que estaba Dios en mi alma, real y verdaderamente, como está en el Cielo estaba en el Santísimo Sacramento en que le había recibido. Con esto le daba mi alma amorosas quejas y le decía con ternura de mi corazón: ¡Cómo, siendo Tú, mi Dios, tan amoroso, me has tratado con tanto desvío y me has dejado en tanta soledad y desconsuelo, porque sin Ti y estando Tú ausente de mi alma he tenido vida para vivir sin Ti que eres la vida de mi alma y el centro de mi corazón y el objeto y blanco de mi amor, en quien sólo halla mi alma descanso, gusto y gozo y alegría! Sin Ti, vida de mi alma y regalo de mi corazón, todos los contentos del mundo son penas y trabajos. Tú sólo eres descanso y verdadera alegría y gozo del alma.

En esta ocasión sólo tuve el quedar mi alma con grandísimos deseos de amar a Dios y habiendo quedado con gran sosiego y quietud mi alma porque me parecía salir de una gran oscuridad a una luz muy clara.

Hay en el relato de sus arrebatos de espíritu numerosas manifestaciones del conocimiento que de Dios y de sí misma iba adquiriendo:

...luego que comencé a tener oración no sentía nada porque el alma gozaba la dulce Presencia de Dios con gran quietud, deseando amarle y con gran resignación en su Santísima Voluntad y estando así en la oración, considerando al Señor en el Huerto, se me representó Su Majestad en él y me dijo: Véame aquí, Hija de mi Corazón, cuánta mayor soledad tuve yo por ti en este Huerto en el cual te tenía presente a ti, que la que tú tienes ahora por Mí. Mira la diferencia que hay de ti a Mí, de tu amor para conmigo y del Mío para contigo. Pues va tanto del uno a lo otro porque Mi Amor es infinito para contigo y el tuyo es limitado para conmigo porque yo soy tu Dios y Señor y tú eres criatura limitada y así agradéceme con amor y humildad este beneficio que te hago en darte en que padezcas y que te me asemejes a mí en esto.

En otra página escribe:

...Conozco el poder de Dios y cómo hace lo que quiere y con quien quiere, sin que haya quien se lo estorbe y vaya a la mano

en que haga lo que quiere en todo, como dueño absoluto de todo...

... ¡Bendito sea Él que es solo el poderoso en el cielo y en la tierra!...

Luego habla de Dios como infinita bondad y amor, y al reflexionar sobre uno de sus éxtasis y escribir de la relación Dios-hombre, explica que Dios es el bien sumo del hombre, la importancia de la redención para alcanzarlo y la libertad humana para aprovechar o no en fruto de la redención.

Para conocer mejor la literatura mística que en sus escritos nos dejó Sor Sebastiana de las Vírgenes, ponemos a continuación el relato completo de uno de sus éxtasis:

... comencé a tener oración en aquel Misterio que celebra Nuestra Madre la Santa Madre Iglesia, de la Ascensión del Señor a los Cielos. A poco rato de haber comenzado a estar en la oración me vino un tan gran recogimiento interior que no sé decir cómo fue, sólo dire lo que entonces me pasó y las grandes mercedes que mi Señor me hizo, siendo yo tan indigna de semejantes favores; mas Dios hace conmigo no como yo soy, ruinísima criatura, sino como quien es Su Majestad. Pues como digo, estando en este recogimiento de las potencias en la oración, me mostró mi Señor una solemnísima procesión que salía del Cenáculo, en la cual ví con los ojos del alma a los Santos Padres que resucitaron con mi Señor y muchas almas de las que Su Majestad había sacado del Seno de Abraham y los Santos Apóstoles y también iban los demás discípulos del Señor con grande orden y gran número de ángeles, todos con unas vestiduras blancas y con incensarios de oro en las manos. Al fin de la procesión iba mi Señor con un Rostro hermosísimo y afable; a su diestra su Santísima Madre y después de mi Señora iba la bendita Santa María Magdalena y otras mujeres. Todo este acompañamiento iba con gran orden y los ángeles que llevaban los incensarios, a tiempos se volvían hacia mi Señor y se postraban con gran reverencia delante de Su Divina Majestad y le incensaban como se observa cuando va en procesión el Santísimo Sacramento y luego proseguían... Y esta solemnísima procesión la ví hasta llegar a la falda de un monte en el cual paró, y mi Señor se paró en un alto que hacía y estando su Majestad en pie, mi Señora la Virgen María se postró a los pies de su Santísimo Hijo y a su imitación se postraron los ángeles y toda la santa compañía y el Señor los estaba mirando con grande agrado y semblante amoroso. En esto, ví cómo mi Señor les echaba su bendición a todos, y estando mi alma toda absorba

y con gran admiración de lo que allí estaba viendo se me suspendió esta vista; ya no ví más que a mi Señor y a los ángeles y santos que con Su Majestad resucitaron y las almas que habían ido en la procesión: en esto ví cómo mi Señor en una nube albísima por Sí solo se levantó por los aires y se llevó tras sí a los Santos y almas que allí estaban, los ángeles iban unos con los incensarios que he dicho y otros en gran número llevaban instrumentos músicos e iban cantando Aleluyas con sonoras voces; otros cantaban un verso que está en los Salmos que rezamos en el Oficio Divino que dice: *Attollite portas vestras... et introibit Rex Gloríae* etc., y ví en esto abierto el Cielo.

El cómo esto fue y se me mostró, no sé ni lo puedo explicar, sólo diré lo que por entonces ví y mi Señor me hizo esta tan gran merced, la cual fue el que ví el Cielo como he dicho, abierto, en el cual no ví ninguna alma ni de los muchos santos que gozan de Dios en su gloria, sólo se me mostró en el Cielo un Trono, de singular belleza ricamente adornado de bellísimas piedras y perlas preciosísimas, en el cual Trono se me representó la Augustísima, Beatísima y Santísima Trinidad, aquellas tres distintas Personas y Una Esencia Divina, con grandísima Majestad, grandeza y hermosura, la cual es imposible explicar con mi corto y limitado entendimiento. Ni el más supremo serafín es capaz de conocer ni explicar tan incomprendible Misterio, ¡cuánto más a mí, criatura ignorante y ruin! Sólo sabré, con la gracia de Dios, decir conforme a mi corto y limitado entendimiento lo que ví en esta ocasión, que mi amorosísimo Señor me hizo esta merced, y fue el que sólo ví en el Cielo grandísimo sinnúmero de ángeles que salían a recibir a su Rey y Señor. Todos estaban con unas vestiduras blancas muy resplandecientes y traían en las manos, en la una una Cruz de color de rubí muy resplandeciente y en otra mano una palma de color de la esmeralda y por delante iba como capitaneando este lucido ejército de ángeles, San Miguel, el cual también llevaba en la una mano una Cruz, como la que llevaban los otros ángeles y en la otra un bastoncillo de oro. Todos iban cantando con grandísima melodía y suavísimas voces y con grandísimo regocijo Aleluyas e himnos de alabanzas a su Rey y Señor, el cual iba con los santos que con Su Majestad subieron a las almas que sacó del Limbo. Iba mi Señor en medio de los Santos y almas que con Su Majestad habían subido al Cielo formándose una solemnísimas procesión de ángeles y santos con que solemnizaban e iban celebrando los ángeles la entrada de su Rey y Señor haciéndole reverentes obsequios en demostración de su gozo y alegría con que le recibían. Todos se iban encaminando hacia el Trono de la Santísima Trinidad. Así que

llegaron paró todo aquel lucido ejército de ángeles, ante la Divina Presencia de Dios, ante cuya Majestad soberana se postraron y mi Señor Jesucristo; ví aquella Sacratísima Humanidad cómo se postró y adoró a la Divinidad reconociéndose, en cuanto Hombre, inferior a la Divinidad y dio gracias a su Eterno Padre por los beneficios a su Humanidad Santísima había hecho y, postrado como estaba, de nuevo le ofreció a Su Eterno Padre su Vida Santísima, su Pasión y su Muerte y le dijo: Santísimo Padre y Dios eterno, ya he cumplido tu Santísima Voluntad para lo que me enviaste al mundo. Ya queda redimido el linaje humano, ya he satisfecho con mi Pasión y Muerte a tu divina justicia y pagado la deuda que debía el linaje humano por amor y gloria de Tu Majestad. Fui al mundo para redimir al género humano, ahora que subo a reinar contigo te pido por mis hermanos los hombres y mi Iglesia, por mis apóstoles y discípulos, por los hijos de la Iglesia que al presente son y en los futuros siglos han de ser. Te pido los mires como hijos tuyos y hermanos míos dándoles perseverancia en la fe que han profesado en el Sacramento del Bautismo que yo les dejo en mi Iglesia, para que sean engendrados en la gracia y que, como hijos tuyos, tengan derecho en los bienes eternos como hermanos míos y redimidos con mi sangre. Habiendo hecho esta oración Nuestro amoroso Redentor a Su Eterno Padre fue levantado a su suntuosísimo Trono, el cual estaba a la diestra del Eterno padre, ricamente adornado de perlas y piedras preciosísimas en el cual trono ví a mi Señor sentado con soberana hermosura y Majestad con grandísima gloria que excedía a toda la que tenían los ángeles y santos. Estaba mi Señor con una vestidura real, con una corona de oro y piedras preciosísimas y cetro en la mano como supremo Rey del Cielo y de la Tierra y de todo el Universo. Luego que ví a mi Señor como he dicho, en este Trono, todos los ángeles con su Capitán San Miguel se postraron delante de aquel Trono en el cual estaba mi Señor y adoraron y nuevamente reconocieron por su Señor y Rey y Cabeza, rindiéndole vasallaje y obediencia como a Supremo Rey y Señor y Creador y Redentor del mundo; también hicieron lo mismo después de los ángeles los santos que habían entrado con mi Señor en el Cielo dándole nuevas gracias por el beneficio de la Redención.

Todo esto era con grandísimo júbilo, gozo y alegría con que la Corte celestial con sonoras voces e instrumentos celebraban la entrada del Supremo Señor a reinar en su Reino por toda la eternidad. Estando mi alma con grandísima admiración y gozo viendo esto que he dicho, se quedó en una grande suspensión de las potencias y admiración, en un profundo silencio, con una grande atención como que sólo esperaba que aquel Supremo

Rey y Señor le hablase, y estando así con gran fervor y deseos de emplearme toda en amarle y servir a aquel Señor que tan digno es de ser amado de mí y de todas sus creaturas, me dijo: Amada esposa mía, hoy he querido por sola mi infinita liberalidad y amor mío haberte hecho esta gran merced y favor, de que tú eres indignísima y sin ningún mérito: sólo por mi infinita bondad te he querido mostrar hoy, manifestar y dar a entender, y conocer cómo fue mi subida y entrada en el Cielo que hoy celebra tu Madre la Santa Iglesia con la cual merced he querido darte a conocer y que sepas que ninguna alma entra en mi reino a gozar de Mí y de mi gloria sin haber padecido primero en la vida mortal, porque yo no volví a mi Reino hasta haber padecido en los treinta y tres años de mi vida, después que padecí una tan dolorosa Pasión y afrentosa muerte, dando mi vida en una Cruz por amor y obediencia de mi Eterno Padre y por tu amor y redención y la de todo el linaje humano...

El último rapto de espíritu que escribe Sor Sebastiana es aquel en que cuenta que vio la ascensión de la Santísima Virgen María, diciendo al final:

...me fue mostrada la gran gloria que goza la Santísima Virgen María y toda la Corte celestial y que toda esta gloria resulta gloria de Dios, de quien nace todo como que Dios es el origen y principio y fin de todo...

Termina Sor Sebastiana sus apuntes con estas palabras:

Ya he obedecido a vuestra merced en esto que me mandó escribir... ahora le pido y le ruego a mi padre que así que lo lea lo rompa o lo quemé.

Antes de morir, redacta una protesta de fe en la que declara:

...Yo Sebastiana de las Vírgenes protesto y confieso fiel y verdaderamente el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Tres personas y un solo Dios verdadero que son una misma substancia eterna, de una Omnipotencia y Gloria y Majestad con lo inefable de sus infinitas perfecciones...

...digo y protesto que si por la pusilanimidad de ánimo o por los delirios del entendimiento considerando el tremendo juicio de Dios y la multitud de mis culpas, cayera en alguna desconfianza de la salvación o duda de la fe, la revoco y doy por nula y quiero que sea de ningún valor y así mismo digo

que me conformo con su Santísima voluntad para morir o vivir...

Sor Sebastiana dejó en su convento fama de santa, sus escritos, hasta la más insignificante nota o carta, se guardaron con veneración, igual que lo fue aquella imagen del niño Jesús con la que según la tradición monacal jugaba.

Un gran recuerdo quedó a las monjas sus contemporáneas en los trinos de los pájaros que por años habían acudido a su celda para alabar a Dios con ella.

SEBASTIANA JOSEFA DE LA TRINIDAD MAYA MARÍN
SAMANIEGO (1709-1757)

Sebastiana nació en la ciudad de México el 19 de enero de 1709, hija de Ana María Marín Samaniego y Francisco de Maya, pertenecientes a familias distinguidas en la sociedad novohispana.* Sus padres no tenían gran fortuna, pero sus parientes ricos le brindaron una vida de lujo y preeminencia social.

De su belleza nos dejó testimonio entre otros fray Diego Maldonado, quien declaró que al ir a dar la comunión a un grupo de colegialas de Belem, descubrió que tenía frente a sí un rostro de "tal hermosura, tal claridad y tal golpe de belleza, que iba a prorrumpir en voces arrebatado del ímpetu que en el interior le causó la novedad". Y sólo se contuvo por tener el Santísimo en las manos.⁶⁵

Ella misma se describió diciendo: "yo me pensé dueña de todas las estimaciones, hermosa, con todos los adornos de la naturaleza y riqueza de la tierra, muy conocida y alabada..."⁶⁶

Un día, contando sólo trece años de edad, asistió a una prédica del famoso misionero franciscano fray Antonio Margil de Jesús, que según dice en sus cartas "la movió a entender, la brevedad

* Estudié la vida de Sebastiana Josefa de la Trinidad en 1947, cuando publiqué *Conventos de Monjas en la Nueva España*. Hoy vuelvo a mencionarla para que ocupe el lugar que le corresponde dentro del grupo de escritoras místicas.

⁶⁵ Eugenio Valdés, OFM, *Vida admirable y penitente de la Venerable Sor Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad. Religiosa de Coro y Velo Negro en el Monasterio de San Juan de la Penitencia de esta ciudad de México*, México, Imp. de la Biblioteca Mexicana, 1765.

⁶⁶ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, *Cartas en las cuales manifiesta a su Confesor las cosas interiores y exteriores de su vida la V.M. Sor Sebastiana Josepha de la S.S. Trinidad, Religiosa de Velo Negro del Convento de S. Juan de la Penitencia de la Ciudad de México*. Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de México. Carta 6, p. 49 y ss.

con que todo se acaba por mucho que dure, y de qué sirven las admiraciones de los primores y divertimientos..." Conversó largamente con el ilustre fraile y logró su intervención para que sus padres le permitieran ingresar a una institución de retiro para mujeres piadosas. Sebastiana nos cuenta:

Estando en la casa de mis padres con bastantes pesadumbres ocasionadas de mi mala vida y con deseos de salir de tanto padecer, se ofreció conversación del estilo y modo de vida de las niñas de Bethelém, motivo para mis grandes deseos. Sabiéndolo todos los de casa se enojaron. Fuera cosa larga poner todo lo que pasó. Yo lloraba mucho; por fin me entraron llevándome varias personas y con algunas de mi edad.

Siendo la primera vez que iba, entre todas las que llevaban, me señaló a mí para entrarme en el encieramiento el señor capellán, sin haberme visto. Quedé muy contenta. Se fueron llorando.⁸⁷

Era este colegio parte de uno de los más austeros recogimientos voluntarios de mujeres existentes en la Nueva España.* Sus reglamentos lo hacían semejante a un convento en el que a las horas de trabajo seguían las de oración, meditación y lectura de libros religiosos.

Para algunas mujeres esta vida era extraordinariamente dura y no soportándola, se salían de él, pero a Sebastiana por el contrario le gustó, porque le permitió alejarse de intereses familiares y mundanos que empezaba a sentir como estorbo.

Sus inclinaciones al entrar a Belem ya no eran las frívolas del inicio de su adolescencia, había cambiado totalmente. Ella misma nos lo dice: "Los deseos de servir a Dios eran bastantes pero no ejercitados por los miedos y poco ánimo de que conocieran en mi mudanza y por el natural sumamente vergonzoso..., muy metida toda en temores y con la mucha cortedad, me embaraza mucho por no poder hablar nada de lo que tenía."

Sebastiana era entonces colegiala y como a tal se le obligaba el aprendizaje de los conocimientos básicos femeninos como eran la lectura, escritura, matemáticas rudimentarias y labores femeninas en las que este colegio sobresalía. Pero un recogimiento como éste, creado para albergue de mujeres paupérimas de todas las edades, carecía de

⁸⁷ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, *op. cit.*, carta 7, pp. 55 y ss.

* Véase para mayores datos mi libro *Los recogimientos de mujeres*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974.

servidumbre y obligaba tanto a las mujeres mayores como a las colegialas a hacer las labores de una casa.

Así nos dice ella: me conformé “con mucho gusto a estar en mucha pobreza... sirviendo en todo lo mucho que me tocaba lavar, acarrear agua, barrer y todo lo demás”, trabajando algún tiempo en la enfermería o en la cocina, “que cabía hacerla para todas mis compañeras y ponía todo mi cuidado en sazónarla bien y que todo estuviera a gusto...”

Esa vida comunitaria le ofreció la oportunidad de ejercitarse en la práctica de las virtudes, sobre todo en la caridad, la humildad y la paciencia que ejercitó cuidando a las enfermas, a las que padecían algún mal repugnante, a las dementes y soportando a las autoritarias señoras recogidas, bajo cuya custodia estaba como colegiala.

Si uno lee la prosaica vida que llevaba en Belem en donde convivía con mujeres sin educación, provenientes de los más bajos estratos sociales, viudas indigentes, jóvenes cuya pobreza extrema “hacía peligrar su virtud”, prostitutas arrepentidas, niñas pobres, españolas y criollas, personas que en general carecían de las más elementales virtudes humanas para una feliz convivencia, es difícil entender que allí se forjara en la adolescencia la mística Sebastiana Josefa. Sólo es posible comprenderlo si se considera esa constante oración y penitencia que empezaron a abstraerla de las vulgaridades de las mujeres con quienes convivía. Ella misma lo explica en su primera carta diciendo: “y sólo los amorosos esfuerzos que hallaba en la oración me daban vida” y añade: “y si algún tiempo me daban, lo empleaba en la oración que era muy profunda y al instante hallaba a mi centro: mi Dios que me daba luz y conocimiento...”

Dice a su director en su carta séptima:

...En este tiempo, ya comulgaba todos los días, las larguezas de Dios y su favores no caben en mi bajeza y en este punto, Padre, suspendo y quisiera dejarlo en silencio, pues me hallo torpe para decir lo mucho que a Dios debo, pues me dio tan buenas fuerzas, que el trabajo no me cansaba y Dios parece que entonces *en mi corazón estaba y mi voluntad le amaba*.

La oración era continua, en ella hallaba mi consuelo, mi descanso, mi enseñanza, mi luz. Allí me sentía toda mudada, fortalecida, allí entendía, conocía todas mis maldades sin que lo grave me estorbara a conocer lo ligero y sentirlo, y a veces llorarlo. Sea Dios bendito que me daba a conocer, estando embebida la atención y toda olvidada y suspensa y respetuosa, atendiendo (no acierto a decir) el cómo están las cosas allá adentro. Y como quedaba tan embebida, para lo de acá tan

desengañada, teniendo en sí a todo el mundo, tan lastimada de la ignorancia de los que viven divertidos con las mentiras del mundo.

A mi parecer todo cuanto se puede pensar bueno viene de la oración y lección de buenos libros. Lo que habla Dios al alma, no alcanza mi ignorancia a decir cómo la entiende, y la conformidad para el padecer, las ternuras que se atreve el alma a decir, y cómo conoce el beneficio de tratar con tan buen Dios, y unas fuerzas interiores que aunque solía estar el cuerpo falto pero con un modo tan suave que se lleva bien y se apetece el padecer desprecios.

Estaba el corazón a veces como despegado del cuerpo tan dispuesto para la oración, que solía estar metida en cosas de alborotos de gentes y me iba a la oración y al punto, *me olvidaba de todo quedando en una profundidad y tan clara luz de Dios* que a esta luz estaba tan embebida y avergonzada que me bañaba en lágrimas, dando en mi corazón los ecos de las voces que me penetraban el alma, con tales resoluciones que todo me parecía poco; las reprensiones que me daban por mis muchas faltas y cómo había de salir de ellas, aun de las más leves, que allí todo se entiende sin confusión. Del cuerpo no me acordaba por la novedad que mi alma tenía...

En la carta VIII nos relata otra de las etapas iniciales de su vida mística que tuvo lugar en unos ejercicios espirituales efectuados en el Colegio de San Miguel de Belem. El tema que desarrolla es la gracia de Dios impulsándola a vida más perfecta y su correspondencia a ella. Dice así:

Lo que me tenía muy ocupada en mí misma fue *el conocimiento tan claro de la bajeza y cosas de esta vida*, que lo miraba con desprecio y perdí el temor de perder con todos y perderlo todo. Eran las aldabadas tan fuertes y eficaces que se estampaban en mi corazón, con un tierno amor. Aquí conocía todo lo que me estorbaba para el cumplimiento de los propósitos...

...Me espantaba la facilidad y lástima de perderlo todo, lo vivo y cierto del entender tan profundo que no me alcanzaban las cuatro horas y cogía parte de la noche, revolviendo en mi pensamiento lo que me pasaba y la mudanza que había en mí, que miraba muy diferente lo de allá y lo de acá, que facilitaba los miedos que de mí tenía.

Eran tan violentas y suaves inspiraciones que *no estaba para dudar de conocimiento tan claro: la luz interior* y los suaves y dulces razonamientos y vistas amorosas. *No soy sujeta para*

decir lo que el alma sentía y cómo quedaba de enamorada y firme a servirle y acabar con todo, que de detenerme no lo permitía la fuerza de la verdad.

Me sucedía estar la voluntad tan embebida y sosegado el centro del alma que veía la voz de Dios, que me quedaba toda embebida y admirada con lo que me daba a entender en orden a lo que había de hacer. Y como yo con mucha confianza y amor, olvidada de mí, le preguntaba cómo había de ejecutar lo que entendía y teniendo a mi Dios tan de verdad que estaba atenta, reverente, gustosa y humilde y de esto quedaba tan embebida que era preciso dejar pasar tiempo después de la oración...

Otras veces de sólo avisar la fe de que tenía a Dios presente, bastaba para componerse el alma en silencio y en amoroso conocimiento de su amor y beneficios de que sobraba materia. Y sucedía que con poco entendí mucho. *Y no era nada el entender tosco mío de cosas tan levantadas*, que interiormente me hallaba en otra parte, donde *veía y entendía lo que no puedo decir*, que no me acuerdo y me sucedía enardecerme el alma con tal suavidad y moción, que descansaba mi afecto con hablar con muy compuestas y amorosísimas palabras, que sin prevenirlas, de repente, sólo las pudiera decir un poeta y no mi tontera y esto sin el uso de la lengua que estaba impedida como el cuerpo, aunque poco, que parecía no estaba acá, y con razón, que eran muy grandes los beneficios y misericordias de Dios y su amor tan poco conocido de los más y de mí particularmente, que es dolor que deseo lo tuviéramos todos y nos diéramos a su amor.

Es sin tamaño sus grandezas y nos las da de balde, que desestiman estas cosas de Dios.

Cómo me consolaría poder sin temor y que no tuviera tan mala memoria, para decir de esto las larguezas y bienes, que para confusión mía, he recibido. Y por mandármelo vuestra paternidad a quien deseo obedecer, de lo que me pasó en cosas de la muerte y brevedad de la vida. Quedaba con lo que veía y entendía tan pasmada con la verdad que entendía el alma tan determinada, que es mucha mi maldad pues no fui santa...

...Lo demás que Dios habrá usado de sus favores como tan bueno, que por lo mucho, que sin merecerlo me ha enriquecido tan liberal y amoroso, que de verdad digo han sido los llamamientos tan grandes que han penetrado vivamente el alma y el corazón, con tanta luz y crecido conocimiento, que por mucho que diga de lo que pasaba no diré nada.

Yo me descuidaba, pero Dios tirando abrasadas saetas tan tiernas a mi corazón, que muchas veces salían a los ojos que me deshacía interiormente con tanta fuerza que reventaba den-

tro del pecho que necesitaba respirar más de lo común. Que no podía sosegar según los dolorosos toques y llamamientos que no faltaba, para no descuidarme, que lo más ligero me ofendía y me parecía perder tiempo.

Los hechos sobrenaturales que empezaron a ocurrirle, conocidos por sus compañeras y confesores, hicieron que uno de ellos le ordenase escribir su autobiografía. Empero la orden quedó suspendida por ausencia de éste.

Cinco años pasó Sebastiana en el recogimiento, pero se encontraba insatisfecha, porque el fin de la institución no llenaba ya sus ideales de vida, que eran dedicarse a Dios perpetuamente con los votos monásticos.

Dado que sus padres no eran ricos y la exigencia de la dote era inevitable, sólo podía ser monja cuando vacase un lugar gratuito en algún convento o cuando alguna de las dotes que a jóvenes pobres se daban de los fondos de "obras pías", constituidos por gente rica de la ciudad, le tocase en suerte. Le ofrecieron la entrada en el convento de Santa Brígida, en calidad de hermana de velo blanco, en donde con su trabajo supliría la dote, pero no lo aceptó, porque sus deseos eran ser monja de coro para dedicarse, sin trabajo que se lo impidiera, a la oración.

Entró por especial concesión al convento de Corpus Christi de pobres capuchinas, donde no se pagaba dote alguna, pero habiendo llegado la orden real y pontificia, confirmando su reserva exclusiva para jóvenes de la nobleza india, tuvo que salir de él.

La marquesa de Berrio, que mucho la estimaba, la recibió en su casa y la tuvo viviendo con ella largo tiempo, hasta que logró reunirle parte de los 3,000 pesos que costaba una dote. Ingresó al convento franciscano de San Juan de la Penitencia el 3 de julio de 1744 * y gracias a que de la obra pía fundada por don José de Gárate para dotar doncellas se le dieron los \$ 1,500 que le faltaban, pudo profesar el año de 1746, en medio de solemne fiesta que organizaron sus protectores don Andrés y doña Paula de Berrio.⁶⁸

Siendo ya monja profesada, se dedicó más intensamente a la lectura de obras sacras y a la meditación, para conocer más y más a Dios.

Trató de quitar de su vida todas las imperfecciones que de Él la separaban, llevando una vida de intensa lucha contra sí misma, para vencer sus pasiones, usando de durísimas penitencias, negándose a

* Véanse para mayores datos los capítulos referentes a estos dos conventos de mi obra *Conventos de Monjas en la Nueva España*.

⁶⁸ Eugenio Valdés, OFM, *op. cit.*

todo aquello que significaba el menor deleite sensible. Vivió heroicamente las virtudes de la fe, la caridad, la esperanza, la pureza y otras, según dice su biógrafo.

Por orden de su confesor, el padre Lozano OFM, empezó a escribir "las cosas interiores y exteriores de su vida". El franciscano le ordenó lo hiciese en forma de cartas para examinar constante y detenidamente su pensamiento y evitar cualquier desviación herética o falsedad visionaria. El 13 de noviembre de 1760, al morir la autora, fray Miguel de Maya, OFM, su hermano, las entregó a Sor Ana de San Bernardino, abadesa del convento de San Juan de la Penitencia, dejando constancia escrita de que "los nueve cuadernos y otros papeles que todos tocan a lo que escribió la reverenda madre Sor Sebastiana", quedaban colocados en el archivo del convento, para que se pudieran ver en cualquier tiempo.

Al convento de San Juan de la Penitencia no se le devolvieron los escritos originales sino las copias que de ellos hicieron varios frailes. El manuscrito ológrafo de Sebastiana quedó en el colegio Apostólico de San Fernando de México, residencia de los confesores de la monja. Allí debe haberlas visto y estudiado el padre Eugenio Valdés, OFM, como la prístina fuente documental en que basaría la biografía que en 1765 publicó bajo el título de *Vida admirable y penitente de la V.M. Sor Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad...*

Fray Eugenio hizo lo mismo que los demás biógrafos de monjas, copió y publicó gran parte de los escritos de ella en el texto, para dar mayor validez a sus aseveraciones, pero no le dio crédito como autora en la portada de su obra.

Sor Sebastiana inició sus escritos con una sencillez y austeridad que nos definen de inmediato a su persona. Sin fecha ni preámbulo alguno sino sólo en cumplimiento de la virtud de la obediencia, escribe:

Carta primera: Mi señora María Santísima ha de enseñarme para que haga lo que me manda la santa obediencia.

Me veo al presente tan necesitada y falta de palabras, que me sirvieron de alivio a lo que encierra mi preso corazón, de las finezas de mi amoroso Padre, que siendo la que soy me mire tan amable, tan lindo, tan paciente, que me deshace lo más profundo del alma con una apacible suavidad, que hace en mi tan nueva mudanza, que me consume y me acaba las fuerzas y el corazón no me cabe en el cuerpo y da golpes dolorosos, que no alcanza el resuello con ansias tan amorosas que se acaba la vida en este padecer...



Profesó el día 20. de Mayo de edad de 18 años cinco dias, se llama Sor María Juana de Señor San Rafael y Martines hija de Don Miguel Martines y de D^{ña} Anna de Vieira, de la Ciudad de Tepeaca Año de 1810.
La M. Juana fue contadora, organista y dos veces Priora, Falleció el día 15 de Octubre de 1850 siendo la última.

21. Sor María Juana del Señor San Rafael, contadora y organista



22. Cristo crucificado, dibujo a pluma

Excusándose de no poder explicar bien en sus escritos esa intimidad con Dios, dice al confesor:

... allá lo entenderá vuestra paternidad todo lo que pasa, que en todo lo pasado y presente me he sujetado al entender de mi padre, como ignorante y que lo hago por obediencia, conociéndolo que todo no puede servir de ningún provecho y da lástima del tiempo que se pierde...

Sea Dios servido y de todo me perdone, si en algo faltó a la verdad, por las mudanzas que en mí siento de malo y de bueno, que me confundo.

Sor Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad escribió sesenta cartas que constituyen la confesión más sincera de sus experiencias místicas.

Es una introspección dolorosa, que va desgarrando el alma de la autora por la humillación de verse ante sí, ante el confesor y ante quien pueda leerla, miserable criatura frente a ese Dios cuyas perfecciones va conociendo, de ese Dios que sin merecerlo ella, la anonda con los dones de su amor, que la enamora con voz que no oye el oído humano, cuya presencia no distingue el ojo más perfecto, que escapa a todos los sentidos, pero que para ella es una verdadera realidad, como lo concreto que se nos da a nosotros aquí y ahora.

La temática central en sus sesenta cartas es básicamente la misma: el conocimiento que va adquiriendo del poder de Dios creador, de su grandeza, majestad, amor, bondad, misericordia, justicia, perfección infinita de Dios y la conciencia cada día más clara de sí misma. Ideas ambas que recibe paralelamente a través de la intuición mística en su constante oración.

La consecuencia que ella saca de esto es que su voluntad ame sin medida a quien tiene derecho a su amor, y que viva en un constante esfuerzo por identificarse con la voluntad del Amado.

Para lograrlo, ella elige una vida durísima de penitencia y sufrimientos diabólicos, tales que a los hombres de hoy pueden repugnar o hacer sonreír, pero que tienen aceptación en su época y sentido en todo tiempo, si se conviene que el cristianismo es una religión nacida en el sacrificio y muerte sangrienta del Hijo de Dios. Es decir, si se le reconoce un sentido redentor al dolor.

Los llamamientos del amor divino y su lucha por ser fiel a ese amor, en medio de las miserias de la carne, los describe muy claramente cuando dice en su carta décima:

¡Oh qué dolor siente el alma al conocer esta hermosura de Dios y lo que merece ser amado y lo nada que yo he hecho toda mi vida! Me tengo lástima y con grande ansia y fuerza interior me destrozara y acabara con todas mis pasiones y malesas* y libre desembarazada dejarlo todo y en amar, padecer, sufrir y callar, fuera mi dicha.

El cuerpo para la mística es un estorbo, es el peso que lo retiene en este mundo y le impide volar hasta el Amado. Constantemente nos lo hace sentir en diversos párrafos de sus escritos como éste que describe unos momentos de oración:

No sé cómo me atrevo y digo lo que mi alma sintió con modo tan profundo, que no sé si diga que Dios estaba dentro de mi alma. Yo con los ojos interiores le miraba con un modo que estaba tan amante, tan segura, tan rendida y tan deseosa de hacer su voluntad...

...¡Qué ansias! Me quisiera ver libre del pesado estorbo del cuerpo y de estos pensamientos mundanos que me aturden sin provecho, sin pensar en cosa buena...

La vida me es penosa y la muerte que se tarda siendo breve...⁶⁹

Idea que completará en varios versos, uno de los cuales dice así:

Hasta cuándo alma mía
estará en esta prisión
de esta bajeza del cuerpo
que me priva de mi Dios.⁷⁰

Hay otro tema muy interesante en sus cartas y es el del valor de la verdad, que va conociendo por esa ilustración divina recibida en la oración, concepto que combina con el de la fuerza de esa verdad que la movió a cambiar de vida en su primera juventud, que le da sentido y aliento en la lucha, frente a todas las pasiones y los problemas de la vida.⁷¹

A esta temática se mezcla otra que es el concepto del poco valor de las cosas temporales frente a la eternidad y el nulo caso que a ellas les hacía. Esto lo repite con frecuencia.

* Maldades.

⁶⁹ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, carta 10, pp. 73 y ss.

⁷⁰ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, carta 16, pp. 89-92.

⁷¹ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, carta 24, pp. 130 y ss.

Su pensamiento siempre en Dios la tenía tan abstraída de este mundo que escribe:

A veces a lo que me dicen respondo sin entenderle y me olvido de lo que me dicen... porque todo lo que divierte y ocupa a las gentes con tanta fuerza que les parece virtud, a mí me parece imposible que estén contentos con cosas que se acaban tan breve. A mí me sirve de desprecio y vivo amor a lo verdadero que me miro en todo tan extraño... y se aclaran con más verdad los engaños de todos los que vivimos desterrados...

...Pero lástima es que no todos conocen el bien que reciben, porque viven con descuidos y pierden el todo, por la nada destas bajezas de la tierra que ya mañana se acaban, como si en el mundo no hubiéramos estado.⁷²

El confesor le manda escribir sobre cosas temporales o "exteriores" según se lee en la portada de sus cartas, pues quiere que le haga la historia de su vida. Pero como para ella el tiempo no significa lo mismo que para nosotros, porque todo lo ve *sub specie aeternitatis*, no sigue una rigurosa secuencia cronológica; habla del pasado, menciona lugares en que estuvo, pero sólo para relacionarlos con el tema central de su vida, que es siempre presente: su relación con Dios, nunca para hacer historia. Así el pasado y el presente se mezclan, el ayer y el hoy se funden en una sola idea; tiempo sin fin para amar a Dios.

Así en las cartas primera, sexta y séptima habla, según ya señalamos, de los hechos ocurridos en su casa o durante su estancia en el colegio de Belem, pero a las pocas líneas su pluma se escapa del colegio, de las ollas, del puchero, y se adentra en explicarnos el amor de Dios que la conmueve desde niña y la enciende en ansias amorosas lo mismo ayer que hoy y que es ya el principio de amor sin fin, sin tiempo.

Las cartas de Sebastiana Josefa las conocemos tal y como ella las escribió, en bruto, es decir sin las correcciones que todo autor hace. Sus escritos, hechos a la luz de la vela, en su celda, surgen conforme ella recuerda "las cosas interiores y exteriores de su vida" y así, tal como salen de su mano y casi a hurtadillas para evitar que las demás monjas la critiquen por emplear el tiempo en escribir, envía sus cartas al confesor, que no es siempre el mismo.

Por esta prisa, discreción y poco interés en el trabajo literario propiamente dicho, sus cartas contienen faltas de redacción, incon-

⁷² Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, carta 10, pp. 73 y ss.

gruencias y repeticiones. Pero a la par de los defectos, tiene la prístina belleza de la autenticidad con tal fuerza que quien se adentra en su lectura la sentirá llorar, amar, deshacerse en la pequeñez de la miseria humana frente a la majestad de Dios, o elevarse en el conocimiento de Él, y detener su pluma porque ya no hay palabras para expresar esa altura de conocimientos a la que ha tenido acceso, quedándose balbuciendo su incapacidad, al declarar que allá entiende y dice lo que acá no hay modo de explicar.

He aquí, completa, una de sus cartas escogida como ejemplo de su literatura mística:*

Carta sesenta y última.

...Estando por tres días patente nuestro Señor sacramentado estaba con pena de mi poca virtud para gozar de su divina majestad y grandeza como lo desea mi alma... El día último acabados maitines me quedé en la tribuna un poco apartada de las religiosas. Entró en mi interior un modo que yo no sé decir lo mucho que mi alma entendió con una fuerza tierna y amorosa que me revolvió el corazón tan vivamente, que reventaba, con un dolor tan penetrante doloroso y suave que sin poder más, fueron grandes las ansias que tenía con abundancia de lágrimas, hablando tan amorosas palabras, tan ardientes y verdaderas que sonaban con grande claridad allá en lo más profundo, sin ruido y muy diferente de lo de acá. El estilo tan suave y tan bien ordenado todo lo que hablaba, que ni muy pensado pudiera tanto como se me previno, con tanta facilidad, que dije cuanto sentía mi alma y pidiendo grandes cosas con grande confianza, rendida y abatida en mi bajeza y con grandes deseos de conformarme y darle gusto en todo a tan admirable hermosura Majestad y grandeza. Dábale grandes alabanzas conociendo los innumerables beneficios que sólo sus piadosísimas entrañas han sido poderosas para haberme hecho tantos bienes y estarme sufriendo. Como era tan grande el conocimiento que me partía vivamente el alma y el corazón. No sé decir cómo estaba, lo que me enardeció con más superior fuerza y tan levantada, fue un dolor tan grave y tan intenso que toda me penetraba con extraño modo. Todo llegó a tan extremado punto causado de dos palabras que en un tono le repetían a mi Señor sacramentado, que me resonaban en lo más profundo, deshaciéndome el alma en tiernos amores. Es-

* Quien tenga interés en conocerlas todas puede verlas en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de México.

tando embebida dentro de mí la grandeza verdadera de mi dulce enamorado Dios, día y descanso de todas las amarguras de esta penosa vida. Le hablaba como que lo tenía presente, con grande confianza y amor muy reverencial deseando de todo corazón que todos le amaran y que no fuera ofendido.

Estando en esto me parece que se apareció el enemigo, poniéndome delante todos mis pecados, que toda me llené de confusión y de vergüenza, que se la tenía al enemigo y mucho más a la suma bondad y mansedumbre de mi Dios, con tan grande dolor y lástima de haberle ofendido que me parece imposible poder explicar cómo era este dolor tan tierno que me partía el corazón con un amoroso sentimiento, que sólo faltó que se me saliera el alma del cuerpo. Y conocí, que era tan grande la fuerza de mi pena, que si mil vidas tuviera al instante las hubiera perdido y hubiera volado mi alma al cielo, porque no había fuerzas en lo humano para tan grande dolor, si el dueño de mi vida no me la mantuviera.

Admirada mi alma del divino poder era más el amor que me cautivaba mirando los grandes beneficios que sin merecerlos he recibido de una suma bondad, tan mercedora de ser amada, por innumerables títulos. Santísimo y todo amor, abrazado en caridad para con todos, que no hay lengua ni entendimiento que pueda entender, ni agradecer la fineza de sus maravillosas obras. En este conocimiento tan profundo me hallé tan pobre y con tan grandes deseos de amarle que todo me parecía poco para satisfacer tan ardiente deseo, aunque todas las almas juntas fueran más. Lo que en este punto sintió mi alma. ¡Quién lo pudiera decir! Sólo la grandeza de tan liberal señor me pudo hacer favor tan admirable, siendo tanta mi bajeza y tan penetrante la dulzura de su amor, ya no podía más, con la fuerza tan suave, que a mi entender, no habrá persona por fuerte que sea, que lo pueda aguantar sin especial milagro del poder divino, que sabe lo poco que puede la flaqueza humana. Si no suspendiera las avenidas abundantísimas que derrama su liberal amor no fuera posible quedar en esta vida. Bendito seas tan gran Señor ¡Qué lenguas bastarán para darle alabanzas y saberle agradecer lo que es para nuestro bien! Sabiéndonos aprovechar, como le diéramos gusto y nos tuviera las puertas abiertas de su amoroso corazón, para defendernos y darnos nuevas fuerzas para caminar seguros a nuestra verdadera patria, con el soplo de su divina gracia.

Toda carga es ligera y muy sabrosos los trabajos y qué dicha será entrar por el amor dulcísimo de mi Divino Señor y enamorado de mi alma. Por las espinas por desprecios y por todos los martirios que han padecido los santos y que padeciéramos, mucho más vale lo más mínimo que Dios da a gustar a una

alma, de su amor. Todos los contentos de acá, son tristezas de infierno. Tomara mi padre que otra persona capaz y de santidad tratara de esto, donde tanto se descubre, que no puede mi ignorancia topar cosa a medida de mi necesidad y así, me suspenso como miserable, que sólo he sabido ser ingrata, ofendiendo tan gravemente a mi Sumo Bien.

Con grandes ansias quería ser agradecida, estando mi alma tan favorecida y tan tiernamente movida, tan fortalecida y con efectos maravillosos y supremos, que estaba mi alma en un modo de atención y reverencia, que todo era estar aprendiendo y entendiendo cosas de mucho provecho que me admiraba de saber tan grandes verdades y de tanto valor que las apreciaba en tanto que no me hallaba merecedora y en el modo que podía, alababa tales grandezas tan altas y tan divinas y tan claras, que las entendía como si fuera persona de gran entendimiento, haciendo tan viva impresión en el interior, que me hallaba muy mejorada y tan tiernamente movida, que cantando la letanía de los santos, conforme los iba mentando me resonaban en el alma con nuevo amor a todos como si los tuviera presentes.

Estaba mi corazón que no podía más, con tan repetidos golpes que no sé decir cómo todo estaba allá dentro. ¡Benditas sean las obras de padre tan piadoso que en una cosa tan mala pone sus bellísimos ojos para herirme con las saetas de su divino amor!

Acababa toda la función que se hizo en la iglesia con mucho adorno de luces y grande ruido de la mucha gente que estaba para ver depositar a mi señor, nada vi porque dentro de mí veía lo mejor que era la custodia.

Estuve en todo esto desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche puesta de rodillas cruzados los brazos, sin haber tenido mudanza en el cuerpo, como las tuve en el alma que fueron tan admirables y poderosas que su valor, no sé, cómo lo comparara; tan mejorada, que pudiera haber quedado santa, si no fuera tanta mi ruindad que todo lo dejó perder para mi mayor tormento; que sólo el señor que me sufre y me ha hecho tan grandes bienes sabe lo que le debo y cómo soy tan ingrata. Pero ya sabes Señor y mi Dulcísimo Dueño de mi alma, que me das grandes deseos que me quisiera volar para no embarazarme en cosas que te dieran disgusto y tan olvidada de mí y de todo, como si no estuviera en esta vida, en donde me veo sujeta a mis vilezas y a tanto malo como en mí se encierra y con esta tibieza que no se hace cosa. Sólo tú, vida mía, puedes romper estas dificultades y dar desahogo a mi corazón, favoreciéndome con tu divina gracia para que no te pierda y en todo haga tu santísima voluntad.

Quedé de tal modo después de esto que me quería quedar

encerrada en el coro porque no estaba para entender en estas cosas y había pocas fuerzas en el cuerpo y mucha fortaleza en el alma.

Como me había quedado sola en el coro, las religiosas que habían estado más cerca de mí, habían sentido las ansias que había tenido y le avisaron a la compañera, que estaba mal. Con el cuidado, vino y me sacó del coro, para mayor vergüenza, disimulando lo que pude que ni podía hablar hasta que me volvía al coro (como ya sabe mi padre toda la noche), con mucho consuelo por descansar con mi amada: la soledad. Y como tenía tan impresas las grandezas de mi Dios y las finezas de su amor, que me quedé por unos días tan movida y tierna que en todo lo que restaba del oficio divino, parecía que lo entendía porque sentía provecho y amor, apreciando con humildad tan lindo estado, como el ser su esposa, no como yo que no lo merezco...

...Es mucho lo que debo sentir, mi poco agradecimiento, teniendo a un Dios que me crió para que le ame. ¡Qué favor tan soberano que mi baja sea admitida al amor del rey de los cielos y tierra! No sé cómo sufre mi corazón el no poder decir todo lo que en este punto conozco.

Su amor divino lo descubra a personas que con vivas y eficaces voces mueva a todas las almas al amor dulcísimo de nuestro verdadero Dios y gran padre...⁷³

La vida de Sebastiana de Maya y Samaniego que, al considerar la brevedad de esta vida, a la edad de 13 años escondió su hermosura tras las bardas del colegio de San Miguel y se separó de todo humano lazo que le estorbara la unión con el amado eterno al profesar en el convento de San Juan de la Penitencia, concluyó el 4 de octubre de 1757, cuando contaba 48 años de edad.

La ciudad conoció su muerte y acudió al humilde convento franciscano a honrarla. Se celebraron solemnes honras fúnebres en las que predicó fray Ignacio Saldaña OFM, haciendo un panegírico de la monja, cuyas virtudes ya hacía tiempo habían trascendido al pueblo. Este sermón que se publicó en 1758 bajo el título de *La paloma penitente...* fue la primera biografía de Sebastiana Josefa de la Santísima Trinidad.⁷⁴

⁷³ Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, carta 60, pp. 357 y ss.

⁷⁴ Fray Ignacio Saldaña, *La Paloma Penitente o gemebunda. Sermón fúnebre en las Exequias que el observantísimo Convento de San Juan de la Penitencia hizo a su amada hija la V.M. Sebastiana Josepha de la Santísima Trinidad, el día 24 de noviembre del año pasado de 1757. Dijole el R.P.F. ... Sácalo a la luz (a expensas de varios bienhechores) su hermano Fray Miguel Joseph de Maya... O.F.M. Con las licencias necesarias, México, Imp. de la Biblioteca, 1758.*

Siete años después, en 1765 fray Eugenio Valdés OFM, publicó en la Imprenta de la Biblioteca Mexicana la detallada biografía de Sebastiana de Maya y Samaniego, que ya mencionamos antes.

Pongamos como colofón el barroco soneto publicado con el sermón que muestra la valoración que a su vida dieron sus contemporáneos:

La Penitente Paloma o gemebunda Maya
 ¿A dónde vas Paloma Cenicienta?
 ¿A dónde el vuelo de tus alas gira
 Cuando en el nido del sepulcro espera
 Del golfo de la vida la corriente?
 Mas si eres Maya no vas violenta
 Volando para el centro en que se admira
 El descanso de una alma que suspira
 Por ser del cielo un astro de gran cuenta.
 Hija de Serafín, ceñido Atlante
 De sus virtudes fuiste la atalaya
 Sin perderlas de vista ni un instante
 ¡Oh mil veces feliz quien a la raya
 Viviendo de tal padre vigilante
 Aún después de la muerte nos des-Maya!

Hubo otras mujeres seglares y monjas que dejaron escritas sus experiencias místicas, pero cuyas obras hasta hoy nos son desconocidas. Sólo tenemos datos aislados de sus vidas y referencias a sus obras.

Entre ellas se cuenta en primer lugar doña *Beatriz Pérez de Villaseca*, española nacida en Canillas el año de 1557, hija de Juan Pérez de Villaseca y doña Juana López de Bustamante. Llegó a la ciudad de México en calidad de dama de la virreina marquesa de Guadalcázar, a cuyo lado permaneció hasta el año de 1616 en que, fundándose el convento de San José de Carmelitas, se dispuso a seguir los pasos de Santa Teresa de Jesús y profesó en él con el nombre de Beatriz de Santiago.

Por orden de su confesor, escribió su autobiografía mística. Desgraciadamente no la hemos localizado ni en el archivo del propio convento. Murió en 1647.⁷⁵

Hay varias místicas cuyas ideas fueron orientadas por el franciscano fray Antonio Margil de Jesús. Una fue *Doña Antonia Menéndez Castañeda*, hija de los opulentos don Tomás de Menéndez y doña María de Castañeda. Se casó dos veces por indicaciones de fray

⁷⁵ Josefina Muriel, *Conventos de Monjas en la Nueva España*, op. cit.

Margil. Tuvo tres hijas con su primer esposo, don Juan Suárez. Casó en segundas nupcias con don Andrés Bustamante, a quien siguió fielmente en sus disímboles decisiones, como fueron entrar de religioso a un convento franciscano y salirse de él cuando ya no le convino, teniendo ella que plegarse a esos cambios de vida, entrando temporalmente a Santa Clara y saliéndose cuando la exigencia del marido lo requirió.

Finalmente, muerto don Andrés, ella profesó en el convento de Santa Catalina de Sena, en donde su hija también fue monja.

En su vida monástica fue por los caminos de la mística, según nos relata su biógrafo Miguel Rodríguez en su obra *Memorial ajustado de la vida y virtudes de la Madre Sor Antonia de San Joaquín*.⁷⁶

Fray Antonio Margil de Jesús aparece también relacionado con el nombre de *Sor María Josepha de la Encarnación*. Nació en México el 16 de enero de 1687, siendo sus padres don Joseph García de León y doña Petronila de la Fuente Velazco.

Fue el notable franciscano quien los puso sobre aviso de la educación que debían dar a su hija, para que ésta pudiera por sí misma alcanzar la perfección personal. Fray Margil la definió con escuetas palabras: "esa niña será una santa si ella se ayuda".

Entró al convento de la Encarnación el 8 de septiembre de 1715, profesando el 11 de abril de 1717. Dos cosas caracterizaron su vida en el monasterio: su manifiesto amor a Dios y sus graves enfermedades.

La dirección de su vida espiritual estuvo a partir de entonces a cargo de dos jesuitas; primeramente del padre Domingo de Quiroga y después del padre José María Genovesi. Por orden de estos dos escribió unos *Apuntamientos* en los que narró las experiencias que había vivido en relación a su mística vida, los favores que recibía de Dios y sus luchas no sólo con los demonios, como era común en las místicas, sino aun con los hombres.

Entre los favores de Dios, se cuenta una visión que tuvo un 6 de diciembre, en la que "comprendió ilustrada del Señor cómo en un mismo tiempo está Jesucristo en el cielo y en el Sacramento".

Las ilustraciones que Dios daba a su entendimiento inflamaban su voluntad de tal modo que, más y más, se enamoraba del Amor y más y más dejaba tras de sí lo que no fuera puramente Él.

A su fallecimiento, ocurrido el 13 de septiembre de 1752, el padre José María Genovesi escribió una carta a la abadesa del convento

⁷⁶ Miguel Rodríguez de Santo Tomás, *Memorial ajustado de la vida y virtudes de la Madre Sor Antonia de San Joaquín, Religiosa del Convento de Santa Catalina de México*, México, Imp. Juan de Rivera, 1760.

de la Encarnación, en la que relata la vida de Sor María Josefa de la Encarnación, y menciona los escritos que había tenido en sus manos. La carta firmada el 25 de mayo de 1753 en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, fue publicada sin pie de imprenta ese mismo año.⁷⁷ Desgraciadamente no conocemos el paradero del archivo del antiguo convento de la Encarnación, que es donde pudieran estar los *Apuntamientos* de Sor María Josefa.

A *Sor Mariana de San Juan Nepomuceno* la conocemos por una obra anónima, posiblemente de una de sus compañeras monjas, titulada *Memorias de Sor Mariana*. En ésta es mencionada como autora de varias obras entre ellas una versión parafrástica del salmo 19 que la Iglesia reza en todo tiempo.⁷⁸ Hasta hoy no sabemos más de ella.

En el Real convento de Santa Clara de Querétaro vivió una notable religiosa que fue la V.M. Sor María Isabel Theodora de Santa Clara. Dejó una obra escrita sobre los métodos prácticos "para seguir el camino y sendas de la mayor perfección en la vida espiritual". De todo ello da testimonio su retrato existente en el museo de Morelia.

La mención de todas estas mujeres cuyas obras están perdidas la hemos hecho con el fin de incitar a futuros investigadores a buscarlas.

Hubo también falsas místicas, embaucadoras, fingidoras de milagros, embusteras, profetizadoras y alumbradas, cuyos escritos no fueron aprobados por la Iglesia católica, antes bien condenados por la Inquisición. En los viejos legajos de nuestro Archivo General de la Nación yace aún esa literatura proscrita que escribieron otras mujeres, que tomaron la pluma con otra mentalidad, persiguiendo otros fines. El estudio de ella está aún por hacerse.

⁷⁷ Joseph María Genovesi, *Carta del P. Joseph María Genovesi, religioso profesor de la Compañía de Jesús a la Muy R.M. Abadesa del Religiosísimo Convento de la Encarnación de la ciudad de México, en que le da noticias de las virtudes de la M. María Josefa de la Encarnación, religiosa del mismo Convento que murió el 13 de septiembre de 1752*, México, Imp. Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, 25 mayo 1753.

⁷⁸ Anónimo, *Memorias de Sor Mariana. Vida de la M.R.M. Sor Mariana de San Juan Nepomuceno, fundadora y abadesa del monasterio de religiosas capuchinas titulado de Nuestra Señora de Guadalupe y Santa Coleta...*, México, Imp. de doña María Fernández de Jáuregui, 1805.

LA TEOLOGÍA

MARÍA ANNA ÁGUEDA DE SAN IGNACIO (Aguilar Velarde)

El 15 de julio de 1756, en medio de las exequias que presidía el obispo don Domingo Pantaleón Alvarez Abreu, subió al púlpito, en la iglesia de Santa Rosa de Santa María, fray Juan de Villasánchez O.P., y pronunció un sermón que se publicó bajo el título de: *Justas y Debidas Honras que hicieron y hacen sus propias obras a la M.R.M. María Anna Águeda de San Ignacio*.⁷⁹

Escondido tras el barroco título del sermón, se encuentra el detallado análisis de la obra de esta mujer novohispana, cuya vida se había iniciado finalizando ya el siglo xvii.

El clero, la nobleza y el pueblo reunidos allí en la iglesia rendían el homenaje póstumo a una de las pocas monjas cuyas obras teológicas, aun viviendo ella, corrían ya impresas en la Nueva España.

El orador lo reconoce, no es él quien va a dar honra a María Anna, es ella misma quien por sus obras resulta justamente enaltecida. Este reconocimiento sólo se había dado antes a Sor Juana, en el siglo xvii.

Gracias a este sermón y a la biografía que de ella escribió después el jesuita Joseph de Bellido, podemos comprender su personalidad y la obra que nos dejara. Fue criolla como casi todas las mujeres a quienes nos hemos venido refiriendo. Su padre, Pedro Aguilar de la Cruz, era andaluz del puerto de Santa María y se casó en la ciudad de Puebla con doña Micaela Velarde, nacida ya en tierras del obispado poblano.

Los años de fortuna y prosperidad de la pareja se vieron interrumpidos por un fracaso financiero tan grande que, por no verse en la humillación de la miseria, frente a una sociedad que antes los había visto tan preeminentes, decidieron retirarse al rancho de San Miguel de Tecali, perteneciente a sus cuñados Juan Merino e Isabel Velarde, en donde el trabajo agrícola ofrecía a Pedro Aguilar de la Cruz la perspectiva de una recuperación económica.

La prisa de la huida y las penas sufridas ocasionaron que doña Micaela diera a luz en el campo a una niña, el 3 de marzo de 1695. El día 6 del mismo mes y año se la bautizó en el pueblo más cercano

⁷⁹ Fr. Juan de Villasánchez, O.P., *Justas y Debidas honras que hicieron y hacen sus propias obras a la M.R.M. María Anna Águeda de San Ignacio. Primera Priora y fundadora del Convento de Religiosas Dominicas de Santa Rosa de Santa María en la Puebla de los Angeles...* Con licencia de los Superiores, Reimpreso en México en la Imp. de la Biblioteca Mexicana, 1755.

de San Miguel, poniéndosele el nombre de María, al que se le añadió en la confirmación el de Anna.

María Anna vivió en el rancho de San Miguel de Tecali poco menos de un año, regresando con sus padres a Puebla en 1696.

Dice el biógrafo que por estar su madre enferma y no poder ocuparse personalmente de su educación, la mandó a la escuela a la edad de tres años. Para esta época ya existían en esa ciudad algunos de los grandes colegios que hubo e inclusive había conventos en donde se admitía a niñas colegialas. Pero doña Micaela no escogió ninguna de estas instituciones, sino que mandó a su hija a una de esas pequeñas escuelas privadas que se intitulaban Amigas.

Allí, en tres meses que estuvo, no sólo aprendió a leer sino que se convirtió en maestra de las demás niñas para evitarles los castigos de que las hacía víctimas la cruel maestra. Tanto interés tuvo en enseñar que se acostumbró a leer el silabario al revés para ayudar a sus compañeras que se sentaban frente a ella.

La educación de María Anna la completaba la madre en su casa, dando especial énfasis a la instrucción religiosa. Enseñóle las verdades de la fe y el modo cristiano de vivir, a través de las lecturas del Evangelio, de las historias de santos y de la propia vida en el hogar.⁸⁰

Su cultura religiosa empezó a incrementarse con la lectura de tal modo que, siendo una adolescente, le eran familiares San Agustín, San Gregorio, San Jerónimo y otros padres de la Iglesia.

Desde muy pequeña, influida por la vida de Santa Rosa de Lima, quiso imitarla, escogiendo una parte retirada de la casa para orar y meditar en los libros que a su alcance tenía. Esto explica que a los nueve años hiciera a Dios voto de virginidad.

El poco interés que ponía en las conversaciones ociosas, "mundanas, chistes o gracejos de la tierra", hacía que en ocasiones al intervenir forzosamente en ellas, lo hiciera sin darse bien cuenta del tema que se trataba, por lo que parecía tonta a sus interlocutores. Esto fue causa de que a pesar de su precocidad en leer, pues lo hacía desde los tres años, y de su extraordinaria memoria para lo que le interesaba, en su casa la familia temía sinceramente que fuese "una simplecilla", hoy diríamos atrasada mental.

⁸⁰ Joseph Bellido, S.J., *Vida de la V.M.R. María Anna Agueda de San Ignacio. Primera priora del Religiosísimo convento de Dominicas Recolectas de Santa Rosa de la Puebla de los Angeles. Compuesta por el P. Joseph Bellido de la Sagrada Compañía de Jesús. La saca a luz el Ilmo. Sr. Dr. don Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu, Arzobispo de la Isla de Santo Domingo y dignísimo obispo de la ciudad de Puebla de los Angeles en el Reyno de México, México, Imp. de la Biblioteca Mexicana, 1755, cap. 1, pp. 1-33.*

Sola primero y después con su hermana Teresa, empezó a llevar una vida tan fuera de los intereses de la familia y la sociedad en que vivían que, sin saberlo ellas, empezaron a ser "el objeto de curiosas observaciones de todo el barrio, motejándolas unos de hipócritas, alabándolas otros por santas... jamás las descubrían ni en la puerta ni en la ventana..." "Causaba tanta extrañeza este retiro que no faltaron cavilosos que determinaran, poniéndolo por obra, llevar un toro a la calle con el pretexto de divertirse, como se divirtieron toda una tarde, pero sin conseguir su principal intento, que era inquietar con el alboroto alegre que traen semejantes brutos entre los españoles, teniendo especial complacencia en jugar bien un lance aun a costa de un peligro. Pero las niñas no se asomaron a los balcones".⁸¹

En la vida de María Anna, al igual que en otras mujeres de esta época, desempeña un papel muy importante el confesor, pues es quien dirige su vida.

María Anna tuvo la suerte de tener confesores inteligentes que comprendieron y ayudaron a realizar el tipo de vida que ella deseaba desde niña. Entre ellos señalaremos al P. Agustino y al P. Ignacio Uribe, S.J., lector de filosofía en el Colegio de San Ildefonso, y también al Dr. don Juan de Torres, hombre de "conocida literatura" y capellán del Beaterio de Santa Rosa de Santa María de la ciudad de Puebla.

Este cargo de su confesor fue muy importante para ella, pues no pudiendo entrar a ningún convento poblano a causa de su pobreza para pagar la dote, obtuvo que se le admitiese en el beaterio a pesar de no poder aportar nada para su manutención.

Se trataba de una institución fundada hacia 1670 por fray Bernardo de Andía, provincial de la orden dominicana, para recoger a "señoras nobles y virtuosas vírgenes, que despreciando la vana pompa del mundo" deseaban llevar una vida de oración y penitencia bajo su dirección espiritual.⁸² Lo estableció en las casas que una novicia le donó al profesor para la obra y se sostenía con el trabajo manual de las recogidas, las aportaciones económicas que cada una daba al ingresar y limosnas que él recogía.

Finalizando el siglo, el Ilmo. don Manuel Fernández de Santa Cruz (1677-1690), viendo la buena vida de aquellas mujeres y sus muchas necesidades, se interesó en ayudarlas, tomando para sí la responsabilidad de acabarles el edificio que estaban construyendo, en

⁸¹ Joseph Bellido, S.J., *op. cit.*, cap. XIII, pp. 40-41.

⁸² Joseph Bellido, S.J., *op. cit.*, cap. XIII, pp. 40-50.

el sitio donde estaban las casas que su benefactor don Miguel Raboso de la Plaza les había donado.

Su interés fue tal que en los patios del palacio arzobispal trabajaban los carpinteros haciendo puertas y ventanas. Cuando las beatas se trasladaron al nuevo edificio, les dio permiso para que tuvieran misa en su capilla y les donó una casa de renta para sostenerse.⁸³

La intervención del obispo en una fundación originalmente dominicana planteó problemas jurisdiccionales, pues cuando los frailes pidieron a Felipe V que autorizase la transformación del recogimiento en beaterio, el rey aceptó y lo colocó bajo la jurisdicción ordinaria por Real Cédula de 1707, en vista de la clara ayuda que había dado el obispo Fernández de Santa Cruz.

A partir de entonces hubo una constante pugna pues los dominicos, con razón, alegaban que esa obra suya les había sido arrebatada injustamente. Las beatas por su parte habían aceptado la jurisdicción obispal, tenían capellán secular y su subsistencia dependía del ordinario. Varios obispos y frailes pidieron en repetidas ocasiones que las beatas, cuya vida era de verdaderas monjas, pasasen ya de derecho a serlo; empero a causa de los pleitos del obispo Nogales Dávila (1708-1721) y las acciones dilatorias de los frailes, pese a la buena información que todas las órdenes religiosas y la ciudad misma había enviado al rey, nada se había conseguido.

Tal era la situación en 1714 cuando María Anna entró en el beaterio de Santa Rosa. Ingresó el 25 de noviembre de dicho año a lo que se llamaba el niño a la edad de diez y nueve años.

Seis meses después ingresó al noviciado, en medio de la oposición de parte de las beatas, que estaban inconformes con su falta de cooperación económica para sustentarse. A esto se añadió el considerarla una rémora para la institución, por esa apariencia de tonta que le daba su desinterés en las conversaciones ociosas y sus preguntas tan sin malicia.

Parece que las beatas buscaban novicias importantes, capaces por sus influencias en la sociedad de obtener cuantiosas limosnas, pues pese a las grandes virtudes humanas de María Anna, la herían diciéndole que sólo servía para consumir las pocas rentas del beaterio.

A pesar de esta oposición, al año de su noviciado profesó como beata según la regla de la tercera orden dominicana, es decir con votos simples.

⁸³ Miguel de Torres, *Dechado de Príncipes Eclesiásticos que dibujó con su ejemplo, virtuosa y ajustada vida el Ilustrísimo y Excmo. Sr. don Manuel Fernández de Santa Cruz y Sahagún*. Segunda Impresión, Madrid, Imp. de Manuel Roman, s/f, pp. 248-250.

Sus luchas en comunidad fueron en aumento ya que a las razones señaladas se añadió otra de mayor peso, ésta fue el haberse adherido al partido que deseaba transformar el beaterio en convento, mientras el grupo de las beatas fundadoras deseaba que permaneciera en la simple categoría que tenía. Las cosas llegaron a ser inclusive peligrosas cuando ella, transformada en líder de ese movimiento, pidió a su exconfesor, el P. Juan Ignacio Uribe, nombrado a la sazón procurador de la Nueva España ante el Papa y el Rey, obtuviese de ambas autoridades que el beaterio se transformara en convento de recoletas dominicas. Hubo ocasión en que fue necesario encerrarla para evitar los daños físicos que la furia de algunas beatas podía causarle. A pesar de toda su discreción, humildad y callada vida, su inteligencia y su personalidad se fueron imponiendo de tal modo que empezó a ocupar diferentes "oficios de comunidad", como fueron primero secretaria, luego procuradora, enfermera, tornera, hasta llegar al puesto clave de maestra de novicias. Desempeñándolo se conocieron claramente sus capacidades para dirigir a las jóvenes, para instruir las, para comprenderlas, para hacer progresar la institución.

Cuando ejercía este oficio, se recibió la respuesta a sus instancias: las aprobaciones de Madrid y Roma en la Real Cédula de Felipe V y la Bula de Clemente XII despachada en Santa María la Mayor el 22 de mayo de 1739, que transformaban el beaterio en convento.⁸⁴

Esta aprobación fue un ejemplo de diplomacia pontificia, pues no puso al nuevo convento bajo la jurisdicción del obispo de Puebla ni bajo el control de los dominicos, sino bajo la directa jurisdicción de la Santa Sede que lo gobernó por medio de su delegado apostólico.⁸⁵ Concesión única en la Nueva España, a la que se añadió que su iglesia gozase de los privilegios de la Basílica de San Juan de Letrán de Roma.

El 12 de julio de 1740, María Anna, al igual que todas las beatas que lo aceptaron, hicieron solemne profesión como religiosas dominicas. Ya siendo profesa, fue nombrada priora en la primera elección celebrada en el convento de Santa Rosa de Santa María en 1771. Este puesto le sería confirmado en repetidas reelecciones hasta su muerte.

Su vida como monja, tal como la presentan el biógrafo o el panegirista, fue la de una mujer dedicada a la penitencia, la oración, el estudio y la práctica de las virtudes cristianas. Como priora nos mues-

⁸⁴ Elisa Vargas Lugo, "El Convento de Santa Rosa de Puebla", en *Retablo Barroco a la Memoria de Francisco de la Maza*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1974, pp. 161-170.

⁸⁵ Joseph Bellido, S.J., *op. cit.*, cap. x, pp. 95-96.

tra dos facetas de esa su personal actividad que todo lo movía, sin demostrar la preeminencia de su inteligencia y profunda cultura. La una fue el interés en hacer un edificio mejor, pues el que les terminara don Manuel Fernández de Santa Cruz hacia 1698 se encontraba con el paso de los años en malas condiciones. Desde que era maestra de novicias empezó a conseguir limosnas que su confesor el P. Juan de Torres recogía de diversos bienhechores.

Entristeciéndole pensar que la capilla no había sido nunca terminada, empezó a entusiasmar a tantas personas en acabarla que en 1740, cuando las beatas profesaron, lo hicieron en la iglesia concluida, que ese día se bendijo. Elegida priora se dio a la tarea de ampliar las oficinas del convento, perfeccionándolo todo, desde la cocina que permanece hasta hoy como uno de los más hermosos ejemplares, hasta las celdas y las oficinas. Los claustros se decoraron con hermosos azulejos y ladrillos a la usanza poblana del siglo XVIII, según podemos verlos todavía hoy, convertidos en Museo de Artesanías. Además enriqueció el edificio de la iglesia adornándolo con hermosos retablos dorados (que hoy han desaparecido) y agrandó el coro alto que resultaba chico para el progresista convento.⁸⁶

Francisco de la Maza señala claramente esta ampliación cuando dice: "El espacio del coro no se contiene en la sola bóveda comprendida entre la fachada y el arco toral inmediato, sino que se adelanta a éste por medio de otro arco rebajado, de la bóveda del sotocoro".

Después "hizo hermostear" el coro con tres retablos dorados, dedicando el principal a Nuestra Señora de los Lagos, a quien la comunidad tenía como mística prelada, que había compartido su historia desde que era sólo un recogimiento de mujeres, en la primera casa.⁸⁷ En medio de las pilastras había pinturas representando escenas de la vida de la Virgen. Su decoración fue la más rica de todos los coros monjiles. Las paredes y las bóvedas se cubrieron, nos sigue diciendo De la Maza, "de pinturas al óleo en lienzo de manera total, desde el piso hasta la clave de la bóveda..." "En la parte que se adelanta al arco toral, hay una completa y angélica orquesta que se desenvuelve desde el ángel del violín al de la trompeta, en medio va el ángel director con su atril y partitura."

"En el estrado del arco están las santas dominicas con sus nombres e insignias. Las pinturas laterales son la Vida de Cristo y las de la bóveda del centro, la Asunción y los siete arcángeles que llegan hasta

⁸⁶ Villaseñor, *op. cit.*, pp. 3 y ss.

⁸⁷ Miguel Torres, *op. cit.*, p. 250.

los lunetos y dentro de ellos y rebasándolos escenas bíblicas... que parecen ser la reunión del antiguo y nuevo testamento ante la Virgen."⁸⁸

El coro bajo, que al quitársele la reja se ve como una prolongación de la iglesia, también estaba adornado con retablos; sus imágenes de talla eran también del beaterio pues las había donado la beata Margarita de la Encarnación en 1720, veinte años antes de que fuese convento. Se trataba de un San José y una Virgen de la Paz dando el pecho al Niño Jesús.⁸⁹

Esta imagen es muy interesante en la vida de María Anna, pues ella es la inspiradora de uno de sus trabajos literarios.

Todas estas obras materiales con que engrandeció al convento durante su prolongada prelación pudo llevar a cabo por la admiración y gran estima en que la tuvo el obispo don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu. La conoció poco después de su llegada a Puebla, cuando el convento se acababa de erigir como tal y ella, que era la nueva priora, empezaba a organizarlo. Los cambios de vida particular a la común de las recoletas dominicas, la supresión de las arraigadas costumbres de beatas, hasta la organización del canto del oficio divino en comunidad, crearon problemas y chismes que llegaron al obispo, quien prudentemente se apersonó en el convento.

La conversación con María Anna, que empezó en regaño por dizque frívolos papeles de música, terminó en el más franco apoyo a su obra. A partir de entonces la visitaba, charlaba con ella, descubriendo así los valores de aquella "tímida monja" que parecía tonta y simple a primera vista. Así llegó a formarse "el alto concepto de su gran virtud y amabilísima santidad".⁹⁰ Los años maduraron esa admiración al grado que, estando seriamente enfermo, cuando sus familiares le aconsejaban que saliese de Puebla para distraerse de la pena que le causaría la ya próxima muerte de la madre, respondió: "si mi priora se muere la he de honrar yo mismo, aunque me cueste la vida".

Por todo esto se explica que con tal interés y generosidad subviera las necesidades del convento.

Las monjas habían conseguido algunas limosnas para iniciar las obras que les eran indispensables, pero al enterarse de ello el obispo, se entregó con esplendidez a hacerles, no el sencillo convento que Sor

⁸⁸ Francisco de la Maza, *Arquitectura de los Coros de Monjas en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1973, pp. 61-63.

⁸⁹ Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 61. Datos que recopiló para Francisco de la Maza Efrán Castro Morales.

⁹⁰ Joseph Bellido, *op. cit.*, p. 143.

María Anna deseaba, sino el hermoso claustro, la magnífica cocina y el sin par coro de la iglesia de que hemos hablado.

Su ilustrísima sabía los hechos extraordinarios que ocurrían en la vida de la priora, tenía informes precisos de sus virtudes que ya se rumoraban fuera del claustro, y encontraba en sus charlas un amor a Dios, expresado con tan profunda sabiduría que le ordenó escribir sobre mística teológica. Sor María Anna no fue el tipo de monja que escribiera forzada por la obediencia. Le gustaba escribir. Leía mucho, tenía una gran memoria y una capacidad grande de reflexión.

Cuando se le ordenó escribir, ella ya tenía impresa una pequeña obra titulada *Modos de exercitar los Oficios de Obediencia* que circulaba sin su firma por todos los conventos de monjas, como manual indispensable para cumplir los diferentes cargos de importancia, sacando provecho espiritual de ellos.

De esta obra dijeron sus contemporáneos que más parecía "obra de un prelado, de un Pinamonte, un Núñez o un Jaime Carón, que de una mujer". Por esto se le ha llamado el *Catón de las religiosas*.

En ella expuso toda la experiencia que tuvo en el ejercicio de los cargos que ocupó, pero elevándola de la mera acción humana a la altura de la perfección cristiana, de tal modo que no hay acción de cargo alguno que no se asiente y se desarrolle en la más auténtica doctrina de la caridad, amén de otras virtudes que le son conexas.

Por ello dice su panegirista que las obras de María Anna son como las de César en sus *Comentarios*, pues ella como *utroque* Cessar escribió sus virtudes, escribió su vida, no en método de historia sino en tono de doctrina, porque hacía lo mismo que enseña" en sus obras.⁹¹

Había escrito también, para su uso personal y enseñanza de sus religiosas, un opúsculo titulado *Exercicios de tres días que se exercitan en el convento de Santa Rosa de la Puebla de los Angeles*.⁹² Sabemos que se refieren a la meditación de los misterios y diferentes episodios de la Pasión de Cristo, pero no he podido encontrar ejemplar alguno de este impreso. Muchas otras obras devotas escribió, encontrándose algunas de ellas en el librito titulado *Devociones varias sacadas de las obras de la V.M. María Anna Agueda de San Ignacio*, que fue impreso en el Colegio Palafoxiano de Puebla en 1791.

En su biografía escrita por Joseph Bellido, se publican unas *Meditaciones muy provechosas para oír misa*⁹³ que compuso para que sus

⁹¹ Villasánchez, *op. cit.*, p. 5.

⁹² Villasánchez, *op. cit.*, p. 11.

⁹³ Joseph Bellido, *op. cit.*, pp. 204-216.

monjas asistieran con más devoción a la misa. Escribió también una serie de oraciones, una a la Santísima Trinidad y otras a diversos santos, pero la más importante de sus obras devotas fue sin duda la *Devoción en honra de la Purísima Leche con que fue alimentado el Niño Jesús*. Este folleto impreso en Puebla y reimpresso en México en 1782⁹⁴ es muy interesante porque nos vincula al tema que desarrolla en uno de sus tratados teológicos.

La imagen de la Virgen María dándole el pecho al Niño Jesús, que se hallaba colocada en el coro bajo, debe haber despertado en su mente una serie de reflexiones. Si a esto añadimos que la devoción a la leche virginal de María venía desde la Edad Media y que en la iconografía cristiana se ve en pinturas o bajorrelieves el chorro de leche saltando del pecho de María a la boca del Niño o de algunos santos marianos, como San Bernardo y San Pedro Nolasco, entenderemos este tema como algo común en el ambiente religioso de aquella época.

Sor María Anna Agueda de San Ignacio que había escrito hasta entonces por su voluntad todas estas obras, lo hacía con tanta facilidad, que "más tardos eran sus labios en pronunciar, que su pluma en escribir... Aventajándose la pluma a la lengua en la velocidad de escribir". No la detenía, pues, como a otras, la dificultad de expresarse, ni la torpeza de la mano, para escribir una obra teológica o mística de mayor amplitud, empero, no se vio libre del temor que tan alto tema producía por la posibilidad de tener problemas con la inquisición. Recordemos que ese miedo no lo pudo vencer Sor Juana Inés de la Cruz, a pesar de ser consciente de su gran talento. Ella se enfrentó a esto desde el punto de vista meramente humano, según se lee en su famosa *Respuesta a Sor Philotea de la Cruz*.⁹⁵

En cambio Sor María Anna se decidió a escribir de asuntos teológicos cuando su confesor y el obispo de Puebla le mandaron bajo precepto de obediencia que lo hiciera, superando todo temor, porque estaba segura de dar gusto a Dios. Así escribe al Señor diciendo: "Te doy gracias y saludo con todo mi corazón, porque me has mostrado agradarte de lo que iba escribiendo; al modo que a un padre le caen en gracia las acciones y dichos de un hijo pequeño..."⁹⁶

Sus obras reflejan por esto una seguridad que no tiene ninguna otra escritora mística de las que hemos mencionado hasta ahora. Sin

⁹⁴ José Mariano Beristain de Souza, *Biblioteca...*, María Anna Agueda de San Ignacio.

⁹⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, "Carta a Sor Philotea de la Cruz", en *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, t. iv.

⁹⁶ Joseph Bellido S.J., *op. cit.*, p. 52.

embargo, no hay tampoco en ella la común soberbia de los autores, antes por el contrario, cada cuaderno que escribía lo enviaba con toda sumisión al confesor "para que lo leyese, examinase y corrigiese". Así le dice en uno de ellos: "Vuestra merced perdone mi mala explicación: Dios le dé a entender las cosas como son, que soy muy balbuciente... todo lo pongo en sus manos y a su juicio lo dejo todo, esperando de la Bondad Divina le dará luz de lo que debe hacer."

La primera de sus obras místico-teológicas la escribió siendo muy joven, y se publicó en sus obras completas bajo el título de *Mar de gracias que comunicó el Altísimo a María Santísima, Madre del Verbo Humanado en la leche purísima de sus virginales pechos*. La temática de la obra es la leche de la Virgen María. El sentido y la importancia que tiene para todos los cristianos lo explica primero en un sentido natural de la generosidad materna de María al dar su propia sangre convertida en leche a su hijo. Pasa después al sentido místico que trasciende el hecho humano y en hermosa alegoría va explicando cómo la leche de María es alimento de las almas y cómo ese mar de gracias que recibió de Dios dimana a los hombres, como fluyeron en leche de sus pechos para el infante Jesús.

Mucho debe haber leído para llegar a tener esa ilustración de entendimiento que reflejan sus escritos. Pero hay en ellos algo más: hay una sabiduría que rebasa los límites de su posibilidad de conocimientos. A esto es a lo que sus contemporáneos llamaron "sabiduría de arriba", pues "quien busca las cosas de arriba, de arriba sabe las cosas". Por esto, entusiasmado su panegirista, la compara con las más sabias mujeres de la Iglesia.

Leamos nosotros a continuación el capítulo primero de esa su obra juvenil para tener algunos elementos originales que, al margen de los elogios de su tiempo, nos permiten conocerla directamente:⁹⁷

A mayor honra y gloria de Dios, y de
María Santísima

Ab initio, et ante saecula creata sum ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam: in omni populo, in omni gente primatum tenui (Eccl. cap. 24). Queriendo Dios nuestro Señor darse a conocer a los hombres, y siendo, como es infinito, y por ello inconocible, dióse a conocer por una pura cria-

⁹⁷ María Anna Agueda de San Ignacio, *Maravillas del Amor Divino Selladas, con el sello de la Verdad. Escritas por la M.R.M.... Impresos por orden del Ilmo. Sr. Obispo de la Puebla don Domingo Baltazar Alvarez de Abreu, México. Imp. de la Biblioteca Mexicana, 1758.*

tura, haciéndola su poder, favor y amor, tan admirable, tan prodigiosa y rara, que, por ella se diera a conocer su Autor: con esto se dice ser María Santísima Madre de Dios, Reina y Señora de todo lo criado, elegida, escogida y criada *ab initio, ante saecula*, que salió de la boca del Altísimo, como primogénita de todas las criaturas, ganando la primacía a los ángeles y a los hombres; porque fue ideada en la mente divina ante todas las demás obras de sus manos, empleando en María santísima todo su poder, delineando o dibujando una imagen en que resplandeciera toda la Santísima Trinidad, poniéndola por puerta y entrada al conocimiento de Dios y puerta para entrar a Dios, como elegida Madre del Verbo Eterno, y desde entonces, como madre, se le concedió, no sólo concebir en su tálamo virginal al Hijo de Dios, vistiéndolo con su carne purísima, para que Dios verdadero fuera Hombre verdadero, sino que también se le concedió leche purísima, acendradísima y virginal, para sustentar al Criador y Conservador, que da *escam omni carni*. ¡Oh prodigio! ¡Oh privilegio único de María, que nutra y sustente con su misma sangre, convertida en cándida leche, a Dios Hombre, y el que como Dios todo lo sustenta y cría, como Hombre es criado y sustentado de María!

Bien pudo Dios sin nacer, ni tener madre, ni ser sustentado, como los demás niños, aparecer en el mundo hombre y Dios, pues a Adán lo formó, y sacó de sus manos perfecto; pero como todas las obras de Dios tienen dos fines principales, que son: gloria suya, y provecho de sus criaturas; así en esta obra de la Encarnación miró a estos dos fines, porque de tener el verbo, como hombre, Madre Virgen; así como tiene en cuanto Dios Virgen Padre, tuvo el Padre la gloria de tener tal hija como María, y el hijo la gloria de tener Divina Madre, y el Espíritu Santo tan perfecta, y única Esposa, y los hombres todo su refugio, amparo, consuelo, y remedio, abogada y madre, que lo es, y se precia de llamarse madre de pecadores. Este orden y hermosura, que tan maravillosamente resplandece en la obra de la Encarnación del Hijo de Dios, nos descubre, no sólo la Sabiduría de Dios, sino su amor; porque naciendo de Madre Virgen, gozamos el incomparable beneficio de tener derecho a ser hijos de la que es Madre de Dios y Reina de los Cielos, y que en sí encierra la perfección criada, y se asemeja a la Divina, y como hijos tenemos derecho para ser criados y sustentados con la leche de sus castísimos pechos, de la que tenemos mucha necesidad para dejar y desechar las miserias, que de ser hijos de Eva nos quedaron.

En su leche purísima comunica María santísima a sus hijos fortaleza, para obrar conforme a lo que la fe nos enseña, en que consiste el creer.

...Dijo Cristo nuestro Señor a sus discípulos, que predicaran a todas las criaturas y las enseñaran, bautizaran; y añade su Majestad: *Qui crediderit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur*. Parece todo concluido con sólo creer; pero es de advertir, que creer es obrar lo que se cree, obedecer lo que se ordena, y si no tiene estas obras, no es creer, ni es obedecer; todos oyen, y asientan en su corazón las verdades que oyeron, pero si no obran conforme a ellas, es tener enterrado este rico talento de la fe, y así no les aprovecha. La fe es el fundamento, y cimiento de la vida cristiana, y como fuere el cimiento será el edificio; y como para hacer el cimiento de un grande edificio es preciso que sea, no sólo de piedra firme, sino que ha de juntarse con la mezcla, así la fe, no ha de ser sola, aunque es piedra, y piedra firme ha de juntarse con la caridad y buenas obras; por eso nos infunde Dios en el bautismo las tres virtudes teologales juntas y no solo una, porque tienen entre sí tal relación una de otra, que no pueden estar divididas, y así la fe sin las otras dos, es como cuerpo sin alma, y por eso se dice fe muerta.

Ahora no hay, gracias a Dios, necesidad de persuadir entre los fieles la virtud de la fe, porque está tan ilustrada, tan clara, que no hay dificultad para sujetar y rendir el entendimiento a creer, pues está tan confirmada con ver cumplidas las profecías de los profetas con la vida, doctrina, y milagros de Jesucristo nuestro Señor, con la santidad y virtudes de los santos, confirmada con la sangre de los mártires innumerables, con la doctrina de los santos padres y doctores santos, con la vida perfecta de tantos fervorosos cristianos; ya la noche obscurísima de la fe ha pasado la primera, segunda, y tercera vigilia, y parece estar en la cuarta, en que se acerca el día claro de la vida bienaventurada y eterna, y así este día que se acerca, va como despuntando delicados rayos de luz, que avisa, que presto alborará el día.

Todo el cuidado, todo el empeño, y todo el esmero hemos de poner en obrar lo que nos enseña la santa fe, para esto nos hemos de acoger a María santísima, poniendo la mira a imitar lo que obró en la señora la fe; fue este fundamento conforme al altísimo edificio de incomparable grandeza, que pasó los cielos, y tocó al mismo Dios; fue tan grande la fe de nuestra madre, y señora, que podemos, sin nota de arrojio, persuadirnos, que tuvo María santísima por fe, más conocimiento de Dios, que los ángeles, en la vista clara, como comprensores, porque los ángeles fueron criados para ministros de Dios: *Millia millium ministrabant ei*, y María santísima para madre del mismo Dios: *De meis visceribus genui Deum, hominem*; era muy conforme este conocimiento altísimo, no sólo para el mérito de la señora

de tratar dignamente a Dios hecho hombre, nacido de sus entrañas, sino para la gloria del mismo verbo humanado, porque siendo conocido de su madre, era amado, reverenciado y adorado, con más culto y más veneración de ella, que de todos los ángeles juntos, y era justo, que con más inmediateción le trataba, así le respetara y amara.

De aquí se colige cómo obró María santísima con la fe, que en grado tan alto gozaba, obró como ninguna criatura, y más que todas juntas, porque en cierto modo obró por fe como gloriosa. Dice de esta señora el profeta David una cosa singularísima, y es: *Omnis gloria filiae Regis ab intus*, toda la gloria de la hija del Rey está dentro de ella, como escondida, porque de tal manera obraba por fe, como si fuera gloriosa; así amaba perfectísimamente, así daba el culto a la majestad increada, así tenía su soberanía, así le servía, en su presencia se deshacía, y aniquilaba, en este modo de grandeza de fe y de obrar con ella fue única, como retrato de su hijo Jesucristo nuestro Señor, que juntamente era viador y comprensor y aunque su madre virgen no era comprensora, como había de ser tan parecida a su hijo, tenía tan altísimo conocimiento del ser divino por fe, que le causaba esta gloria oculta, y secreta en su alma, de obrar por fe con tan rara perfección, que podían tomar de María los ángeles lección. Era conveniente esta fe en la señora, para que su Hijo Dios, y hombre tratara con ella tan altos y profundos misterios, ya que no era con igual, a lo menos con quien en sí tuviera cuanto en pura criatura pudiera adecuadamente entenderlos, y en esta compañía no se hallara el verbo humanado, como solo entre todas sus criaturas, sin tener alguna con quien comunicarse y que fuera capaz de tal comunicación, y así sola María santísima entendía y conocía las obras de su hijo hombre y Dios y el Señor confió de ella su corazón.

Esto baste, por apunte de esta virtud de María santísima madre, y señora nuestra: Ahora vamos a la imitación. Dice el esposo divino de esta señora, que son sus pechos mejores que el vino, dando a entender, que la leche es mejor que el vino, porque éste no es tan al propósito para todos como la leche, y porque la leche necesitan para tomarla de los pechos ser pequeños, y el que quisiere esta leche, aunque sea viejo, hágase niño para llegarse a los pechos de María santísima, y recibir místicamente la sustancia de tal madre en su leche; aprendamos y gustemos el modo de obrar con la fe, que sin duda recibiremos fortaleza para obrar lo que esta luz nos enseña, y para mejor entenderla.

La obra continúa enseñando en cada capítulo las virtudes que el hombre puede alcanzar a través de la Virgen María.

María Anna escribió después otro tratado que tituló *De los Misterios del Santísimo Rosario*. Éste es en realidad continuación del anterior. Ella misma nos lo dice cuando explica que en el primero "se procuró excitar los afectos, mover los ánimos y corazones a codiciar las dulzuras, frutos y riquezas escondidas en los pechos de María". En este segundo se trata de enseñar el medio para llegar a Dios: la oración. Pero a través de María, cuyos pechos son "fuentes de las aguas donde el alma humana sacia su sed, se recobra y corrobora para el ejercicio de las virtudes".

Esta su segunda obra rebasa con mucho por la profundidad de sus conceptos el título que la engloba dentro de la abundante literatura devota que en aquel tiempo se publica.⁹⁸

Conviene notar aquí que, habiendo tantas obras de sensiblería devota, las dos mujeres que escriben de este tema, Sor Juana Inés de la Cruz con su *Ofrecimiento para el Santo Rosario...* y María Anna en este tratado del Rosario, lo hacen buscando primordialmente la reflexión del lector sobre las verdades de fe que presentan, antes que conmoverlo en lo sensible de los afectos. Amar y llorar sí, pero pensar para amar como seres racionales.

Leamos lo que dice en el prólogo:

Es muy propio el atribuir a los ojos la oración, porque mediante la oración se goza de Dios en esta vida, y si el gozar a Dios en la otra y toda la gloria de ella, consiste en la vista clara de Dios (como asienta Santo Tomás, y todos los que le siguen) de ahí viene, que la vista es la privilegiada, y a la que se le atribuye la participación de todos los bienes en el cielo; y quien más gloria tiene en él, es el que más caudal de caridad tiene, porque como la caridad es fuego que purifica, esclarece y habilita el alma, por razón de la más perfecta unión y participación de Dios; de aquí es también, que en esta vida quien va por el camino de la oración, goza más o menos en ella de Dios, según el amor, y disposición, porque este fuego habilita la vista del alma, que es el entendimiento, para ver por la fe a Dios, y si éste está oscurecido con el polvo de la tierra o con el vaho que exhala: trabaja en la oración por ver el supremo y divino sol, y lo que saca, es dolor y lágrimas de tribulación, porque atribuye al sol lo que tiene en sí: quiero decir, que el defecto e impedimento lo tiene el alma en la vista, y piensa que Dios

⁹⁸ María Anna Águeda de San Ignacio, *op. cit.*, prólogo a los "Misterios del Rosario". Cap. 1, pp. 1-5, cap. XIII, pp. 52-55.

es el que se le esconde y encubre, y esto aunque acaece algunas veces para mayor mérito del alma, también es para más disponerla, limpiarla de defectos, humillarla, o que con la paciencia en el trabajo ponga algo de su parte; pero lo más ordinario es por ir a la oración sin disposición y calor de amor, por haberse entibiado, o amortecido con lo dicho; el cuidado de los que como hijos de María Purísima quieren gozar en su leche mística la oración, se han de disponer con limpiar los ojos del alma para ver por fe a Dios, y por este conocimiento se encenderá la llama del divino amor, que hallarán en la leche de la dulce, y amorosa Madre María santísima.

Si uno es ciego a *nativitate*, no podrá enamorarle lo hermoso, ni sabrá discernir, ni elegir lo mejor; para él lo mismo será tocar el fierro, o el oro, no podrá tampoco conocer lo limpio, ni lo inmundo. Más si a éste se le abrieran los ojos, luego conocería la miseria en que antes estaba y se maravillaría de la ignorancia y descubriría los peligros y riesgos en que a cada paso se ponía, amaría lo hermoso, elegiría lo bueno, procuraría la limpieza y el aliño. Por este ejemplo vemos lo que pasa en las almas, que no miran por la oración las verdades eternas, no miran los daños y peligros en que están, no reparan en la inmundicia del pecado, y por eso no cuidan de la limpieza de la gracia, no se enamoran de Dios, porque no diligencian ver su hermosura, no distinguen entre el oro de las virtudes, ni el fierro del vicio. Con qué facilidad cometen una culpa, y la obra de virtud no la aprecian: de suerte, que aunque en lo aparente sea virtud, en lo real y verdadero suele no serlo por falta de la caridad, que es la que le da la vida. Esta lástima, esta desdicha, que pasa en algunas almas, se desea remediar por este eficaz medio de darles vista por la oración, atrayéndolas a los pechos de María santísima, para que bebiendo su leche, en ella beban la oración, y viéndose convidados de tan dulce madre, pierdan el temor, y cobardía con que los detiene el demonio, porque sabe que por este camino de oración se libertan las almas de sus lazos, conocen sus engaños, y lo desprecian como merece, por eso les persuade que la oración no es para todos, que sólo la gente recogida y abstraída, pero entre negocios, y baraúndas del siglo no tiene lugar; pero si lo miráramos, por eso mismo han menester la oración, porque necesitan de ver a la luz de Dios los negocios que tratan, no sea que por tratarlos a ciegas lo yerren. A otras almas les pone la oración tan ardua, tan difícil, que les parece un imposible tener oración, acobardándolas como a niños, para que teman donde no hay que temer, y donde está la razón de temer, las mete hasta los ojos...

La oración compone al hombre interior, y exterior; la oración vence los apetitos, doma las pasiones, endereza las poten-

cias, alumbra el entendimiento, inflama la voluntad y perfecciona la memoria; la oración desnuda del amor propio y apetito de honra, de que resulta paz, serenidad, quietud, desprecio de lo terreno; la oración causa alegría, consuelo en los trabajos, valor, y fortaleza para llevarlos; la oración hace feliz la vida, y dichosa la muerte; todo esto, y mucho más causa la oración en el sujeto, que en ella se ejercita, sea el que fuere, esté en el estado que estuviere empleado, en cualquiera oficio, y ejercicio. Cuando el Señor dijo: conviene siempre orar, no señaló, ni distinguió a quiénes les importaba, porque a todos generalmente les conviene, porque todos somos soldados, que militamos bajo de la bandera de la cruz, y por eso todos tenemos necesidad de armarnos para la guerra, y la oración es el fortísimo escudo que nos defiende de todos los enemigos; ella vence al demonio, pisa al mundo, sujeta la carne, destierra al pecado, y atrae todos los bienes: *Occuli mei semper ad Dominum, quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos*; teniendo en Dios los ojos por medió de la contemplación, son libres nuestros pies, y escapan de la multitud de lazos, que por todas partes nos siembran nuestros enemigos, de los que nos libra el Señor: *Tu Domine servabis nos, custodies nos*. El Señor es nuestra custodia, y nos defiende, porque tiene sus ojos puestos en los que despreciándolo todo por su amor, sólo a su majestad miran: *Occuli ejus in pauperem respiciunt*. Y en otra parte dice el mismo profeta: *Occuli Domini super justos, aures ejus in preces eorum*. Pues digamos nosotros con David: *Ad te levavi oculos meos qui habitas in Coelis: Ecce sicut ocelli servorum in manibus dominorum suorum, sicut ocelli ancillae in manibus dominae suae ita ocelli nostri ad Dominum Deum nostrum*; porque teniendo los ojos en el que habita en los cielos, quitaremos de las cosas de la tierra y teniendo la mira en sus manos, no apeteceremos tenerla en las criaturas, esperando de solo Dios todo el bien, y la misericordia, impetrándola por el medio más eficaz, que es la oración, y ésta aprendida y bebida de los pechos de la que es fuente de oración María santísima, casa, y asiento de Dios, de quien dice el Señor: *Domus mea domus orationis*.

Con estas obras de las que hemos transcrito algunos capítulos, María Anna nos va introduciendo a la vida cristiana por caminos muy femeninos, "con tanta dulzura, suavidad y gracia que mueve los corazones, arrebatada las voluntades y enseñorea los afectos", como dice su biógrafo. Mas, si sus primeros escritos hablan de dulzuras y suavidades, con el fin de "mover los ánimos", los segundos llevan por medio de la amable devoción de la Virgen María a la reflexión

sobre las verdades de la fe, los dogmas, los misterios de la vida y muerte de Cristo con el propósito de conocer a Dios. Finalmente, en el tercer tratado nos introduce ya de lleno al camino de la perfección por medio de esa obra magistral de la más pura teología católica que titula *Medidas del Alma con Cristo*.

Se extraña su biógrafo de "cómo una mujer sin cursar escuelas, sin letras algunas, ni la menor instrucción humana trata, explica y desentraña las verdades católicas, da razón de las perfecciones Divinas, propone los misterios más arduos y difíciles, sin que se embarace su pluma, ni se deslice en términos o expresiones menos propias",⁹⁹ y se lo atribuye todo, cosa muy propia de la época, a la pura ilustración divina.

Si con espíritu crítico leemos su vida y sus obras, comprobaremos algunos hechos que nos hacen diferir de sus penegristas.

María Anna no era una mujer inculta "sin letra ninguna". Es verdad que no había asistido a ningún Colegio Mayor ni a curso de gramática en la Universidad, porque no lo hacían las mujeres, pero había adquirido su cultura por el mismo camino que sus demás congéneres. Como Sor Juana Inés de la Cruz, hizo sus estudios elementales en la Amiga. Ya sabiendo leer, fue también autodidacta. Aprendió el latín mediante la lectura del *Oficio Divino*, Sagradas Escrituras y otras obras teológicas y litúrgicas.

Su conocimiento de esta lengua le permitió el acceso a una extraordinaria cultura religiosa. Sus estudios sobre las Sagradas Escrituras, los padres de la Iglesia, los doctores místicos y otros escritores católicos están evidenciados en cada párrafo de sus obras, no por la mención que haga de ellos, sino por la doctrina que de éstos ha aprendido y expone en sus obras. Así ocurre con el tomismo que resumen sus escritos. Y no es de extrañar, puesto que ella era monja dominica, pero la fuente donde ella se nutrió fue básicamente la *Biblia*. Ésta la conoce a la perfección y la comenta con profundidad.

Lo mismo escribe del *Cantar de los Cantares*, que del *Salterio*, nos menciona al profeta Isaías, al rey David, comenta partes o se refiere al *Libro de los Reyes*, al *Eclesiastés* o al *Génesis*, añade sus conocimientos del Nuevo Testamento, de los *Hechos de los apóstoles* y de las *Epístolas*. En su obra *Las medidas de Cristo* va desarrollando una doctrina que es fundamentalmente paulista. Aunque es innegable la cultura que Sor María Anna alcanzó estudiando, tampoco puede descartarse lo que ella misma declara repetidas veces, esto es, el conocimiento de las cosas divinas que hallaba en la oración. Lo

⁹⁹ Joseph Bellido, *op. cit.*, prólogo.

repite muchas veces y creo que todo autor merece que a su dicho se le dé valor y crédito.

Así, por ejemplo, afirma: "...estando en oración después de la Comunión, lleno mi entendimiento de luz, que el Señor me comunicaba, inflamada mi voluntad en encendido amor *me mostraba el Señor, y dábame conocimiento de cómo estaba en sí mismo antes que criara cosa alguna...*"

Y en otro párrafo dice: "Mi señor y Dueño como Maestro Doctísimo y Doctor Sapiéntísimo, *me fue dando lecciones...*". Y así continúa diciendo "me dijo", "conoci". Pero jamás llega a decir: Mi Señor citó a San Agustín o San Ambrosio.

No hay en esto discrepancia, pues, como dice Santo Tomás de Aquino, "la gracia perfecciona a la naturaleza".

Lo que hallamos en sus obras es lo que ella confiesa: "ilustración divina" que da luz a los conocimientos adquiridos en horas de lectura y reflexión. Por esa ciencia de la tierra y sabiduría divina que en ella se unían, la elogiaron sus contemporáneos llamándola "Virgen sapiéntísima".

Leamos, para conocer un poco de esta obra teológica que es *Las medidas de Cristo*, la introducción que ella le puso, ya que sintetiza y ejemplifica claramente su contenido:¹⁰⁰

Introducción

Estando un día en oración vínome un recogimiento, y entre otras cosas vi entre una hermosa luz a mi Señor, y dueño echar unas medidas: entendí, que significaba, que había de regular mi vida por la suya santísima, mas estaba tan poseída el alma del mismo Señor, que no podía atender lo que veía, y aún después de pasado el recogimiento, no me acordé de lo que había visto hasta la noche. Después de dos días que esto pasó, estando en oración después de la comunión, lleno mi entendimiento de luz, que el Señor me comunicaba, inflamada mi voluntad en encendido amor, me mostraba el Señor y dábame conocimiento de cómo estaba en sí mismo antes que criara cosa alguna, tan glorioso y bienaventurado como ahora lo está, ninguna cosa de las que después crió le hacía falta, ni lo había menester. ¡Oh santo Dios! ¡Oh Dios infinito, si pudiera tu gusanito decir cómo conocía, y entendía estas cosas! ¡Oh grandeza inexplicable de tu grandeza, majestad, señorío, inmensidad, ira-

¹⁰⁰ María Anna Agueda de San Ignacio, *op. cit.*, prólogo a la obra "Medidas de Cristo", pp. 226-232.

perio, potencia, y alteza! ¡Oh Dios infinito! ¡Qué te podía hacer falta, si en tí mismo posees todas tus riquezas y tesoros, de donde sacaste todo lo que criaste!

Conocí cómo movido Dios de su bondad, determinó comunicarse creando sus criaturas, y con su poder, y sabiduría creó los cielos, estrellas, elementos, y cuanto en ellos se encierra; mas en todas las cosas que crió, sólo eran unos vestigios y huellas (dígoles así) de su majestad, porque en todas se descubría su bondad, poder, y sabiduría, y en particular manifestaban otros de sus divinos atributos. Mas en llegando a los ángeles y hombres, hízolos semejantes a su majestad, que eran las criaturas a quienes se comunicaba, porque le habían de conocer, amar y gozar, mas este tan señalado beneficio malogran los ángeles malos y el hombre pecando. Maravíllanse todos de que Dios nuestro Señor remediara al hombre, y no al ángel, mas yo entendí aquí, que aunque pecaron los ángeles malos, no se perdió toda la naturaleza de los ángeles, pues quedaron tantos millares de ángeles buenos, que se rindieron como debían a su Créador, logrando el beneficio tan grande haberlos creado en el mismo cielo, tan hermosos, de naturaleza tan excelente, y llenos de tantos dones, y así no se malogró, ni perdió del todo esta nobilísima naturaleza, ni quedó deshecha esta obra del Señor; mas pecando, como por nuestra desgracia pecó el primer hombre, de quien había de descender toda la naturaleza humana, quedó toda deshecha y perdida, y esta obra tan maravillosa hecha con tantas muestras de amor de su creador toda perdida y malograda.

¡Oh Señor misericordiosísimo! ¡Qué asombro ha causado, y causará eternamente a los ángeles y hombres, la espantosa fineza de tu ardientísima caridad en la asombrosa maravilla de la Encarnación de tu verbo, dándonos a tu mismo unigénito hijo para remedio del hombre y cobro de tu imagen y semejanza! ¡Oh maravilla grande de tu amor, fineza incomprendible! ¡Oh adorable sabiduría, bondad y clemencia! ¡Cómo se derriten los corazones y se abrasan las almas de amor de tanto amor! ¡Dios hombre! ¡El hombre Dios! ¿Qué es esto Señor? ¡Das al hombre redimiéndolo, lo que él apeteció pecando! Obra es el hombre en su formación de tus manos, y con tu aliento, sopro amoroso, le infundes el alma; mas en su redención es obra de tu brazo fuerte y poderoso, y les das, no un sopro, sino a tu mismo Hijo. Adórente los ángeles, los hombres, y todas las criaturas no cesen de darte eternas alabanzas por tan pasmosa bondad.

En llegando en aquellos conocimientos, en que el Señor me tenía, a la encarnación del Verbo Divino, en que tuvieron su perfección todas las cosas creadas, porque el hombre quedó, no sólo remediado, sino engrandecido y ennoblecido sobre los

mismos ángeles, y todas las demás criaturas pagadas y satisfechas en la obediencia a su Creador con servirle humanado, entendí que ya no éramos hijos de Adán, sino de Jesucristo, y que así debemos seguirle, e imitarle en todo. ¡Oh verdadero camino, verdad, y vida! danos luz para seguirte, e imitarte, en que consiste nuestra dicha, pues quien te imita cobra un nuevo lustre, resplandor y hermosura, como de hijos de Dios, y hermanos tuyos. Conocí que nos enseñó a llamar de Padre a su mismo Padre Eterno, para que conociéramos mejor cuanto se hermanó con nosotros, y que como hijos de un mismo Padre debíamos parecernos, y que como su majestad se asimiló a nosotros en cuanto hombre, nosotros nos debemos asemejar y parecersele por imitación.

Como todo esto que se me proponía, era en orden a que imitara a nuestro Señor Jesucristo, y echara medidas en sus obras santísimas para por ellas obrar, era cosa que me causaba asombro, y temía cómo había de imitar perfección tan suma. Díjome mi Señor, que su majestad nos había amonestado a que fuéramos santos, como lo es su Padre, que está en los cielos, y muy bien sabía, que ninguna pura criatura podía llegar a la santidad de su Padre Dios; pero podemos imitarla en cuanto nuestras fuerzas alcanzaren con su ayuda y gracia. A este modo es esta imitación y medidas de la vida de Jesucristo nuestro Señor en cuanto pudiéremos, que su majestad dará la gracia y nos ayudará más de lo que podemos pensar.

Dos medidas me mostró mi Señor, que se hallan en la sagrada escritura; una que vio San Juan cuando se le mostró aquella misteriosa ciudad, que medían los ángeles con una caña de oro; por ella entendí, que la ciudad era María santísima nuestra señora, y la caña de oro Cristo nuestro Señor; porque esta señora santísima imitó la vida de su Hijo perfectísimamente en cuanto cupo en pura criatura, y fue la primera que logró gloriosamente estas medidas y nos dejó este dechado y allanó la dificultad que se nos podía ofrecer, y también para que copiásemos de este ejemplar el cuidado, y vigilancia de esta imitación y medidas, de más a más la fe y esperanza, que no habíamos de hallar en Cristo nuestro Señor, para que hallemos perfectísimas en nuestra madre María Santísima estas tan excelentes y necesarísimas virtudes.

La otra medida es la que el Señor mandó hacer para guarda del arca del viejo testamento, ordenando su majestad, que fuera por las mismas medidas del arca, porque la había de encerrar en sí. Y ya se ve, que esta segunda arca, o guarda de la verdadera, no era para el fin que se había hecho aquella primera; pero porque la había de guardar, era necesario que tuviera las mismas medidas. Sobre esto entendí, que el arca del Señor con-

tenía las tablas de la ley, la vara de Moisés y un vaso del maná, y todo junto significaba, o figuraba a nuestro Señor Jesucristo, porque la ley divina, no solo la guardó y enseñó a guardar, sino que su doctrina y consejos la circunvaló como con fuertes muros, para que fuera más fácil de guardar y más difícil de quebrantar. La vara era figura de su cruz en que había de padecer, y morir por nuestro remedio. El maná, fuera de figurar a el santísimo sacramento, significaba su doctrina, y los innumerables bienes, que con su venida al mundo nos vinieron. Esto está claro, porque en sustentar, y ser al gusto, y sabor del que le comía a su paladar, vemos que las doctrinas del Señor tienen y le dan los sagrados doctores y expositores tantos sentidos, acomodándolas según la materia que quieren tratar para bien y provecho de las almas, que es como sustento de ellas la divina palabra.

Los bienes que nos vinieron con la venida del Señor, son infinitos, así comunes, como particulares, como se está experimentando; y si en este punto tornaran su dicho a cada alma de por sí, de los bienes que participan de aquel rocío que nos llovió, la fecundidad que ha causado y causará, conociéramos mejor esta diversidad de sabores y acomodación de la gracia con cada una, como si dijéramos al paladar de cada uno: Esta maravilla se verá para aumento de la gloria en el cielo, donde nos gozaremos de conocer lo que el Señor obró en particular con cada una de por sí, para encaminarla a aquella felicidad eterna. Pues volviendo a nuestras medidas: nosotros, que debemos imitar, y tener a Jesucristo, aunque no somos capaces de obrar con aquella perfección; pero lo somos de imitarle, y echar las medidas conforme a las obras que obró, en cuanto nuestras fuerzas alcanzaren, y así mereceremos tener a Cristo en nosotros, y vestirnos de Jesucristo, como aconseja, San Pablo, que es como decirnos: que obremos conformándolas, y midiéndolas con las de nuestro Salvador y maestro, que su majestad las irá perfeccionando. Todos, todos los cristianos tenemos esta obligación, que eso quiere decir cristianos; *Christi*.* Ello se está diciendo, que las obras digan con el nombre de *Christi*. Oh válgame Dios, si a esto atendiéramos, qué distinta fuera nuestra vida y operaciones.

Mi Señor y dueño, como maestro doctísimo y doctor sapientísimo me fue dando como lecciones del modo de estas medidas, para que mejor lo pudiera hacer y decir, porque creo, que si nos aplicamos y ponemos en esto cuidado, a todos hiciera gran provecho. Lo primero me dijo, que no es necesario y muy provechoso, unirnos con su majestad, y todo cuanto hiciéremos,

* De Cristo.

hacerlo con la intención y fines, que su majestad lo hacía, en el modo que nos toca, esto es, si obramos, si amamos, si ejercitamos alguna virtud, si padecemos, si ayunamos, si sufrimos a nuestros prójimos, o les hacemos algún bien, si nos humillamos, si alabamos a Dios; y bajando más, si comemos, si dormimos, si trabajamos, si tomamos algún descanso, siempre hacer todo esto uniéndonos a nuestra cabeza Jesucristo señor nuestro, en quien y por quien reciben todas nuestras obras, vida y virtud tan grande, y excelente, cuanto no se puede decir. Parecíame, que veía estas obras antes de unir las de poco valor y mérito, mas después de unidas, como digo, se convertían maravillosamente en una nueva hermosura, ennobleciéndose, y haciéndose oro en el oro. Veíalas subir por este camino Cristo nuestro Señor, hasta el trono de su Padre y le eran por este medio de sumo agrado, y si por sí merecía aquella obra un grado de gracia y de gloria, por esta unión como subía a tanto precio era digna de mucho más.

¿Es posible, que con sólo un poco de cuidado podamos hacer de pajas, barras de oro finísimo y de piedrezuelas viles, diamantes tan finos? ¡Oh amor de Dios! ¡Oh fineza suma! ¡Oh bondad poco conocida! Mas no para en esto sólo, sino que el alma que así obra por estas medidas, tiene honra muy estimable y digna de toda nuestra estimación, porque tiene por este asimilar sus obras con las de nuestro Señor Jesucristo, más semejanza con él (no sé cómo lo explique) como hermano más inmediato a su hermano mayor, y el Padre lo mira como a hijo, aunque adoptivo, pero más parecido a su Hijo único, y el Espíritu Santo lo favorece por esta particularidad, y así merece que le honren los ángeles, y los santos.

Leamos ahora una parte del capítulo 1:¹⁰¹

De las potencias del alma medidas con las de Cristo

Pues descendiendo en particular en las lecciones que mi divino maestro me dio, me dijo, que la unión hipostática ninguna criatura puede imitar, porque sólo se halla en su soberana majestad; pero podemos procurar estar unidos por amor, vaciando para esto nuestras potencias de las cosas de la tierra, y disponiéndonos más y más para más perfecta unión, y así en cuanto podemos le imitamos, echando las medidas en aquella ánima san-

¹⁰¹ María Anna Agueda de San Ignacio, *op. cit.*, "Medidas de Cristo", cap. 1, pp. 233-236.

tísima. ¡Oh Señor, si pudiera decirlo como lo entendí! Conocía mi alma cómo estaban las potencias del alma santísima de mi muy amado Jesucristo en el abismo de la divinidad; y para tomar medidas aquí la que es pura criatura, me las puso mi dulce dueño en esta forma. En la memoria estos cuatro puntos: memoria de Dios, de sus beneficios, de la sagrada pasión, y de las necesidades de nuestros prójimos. El recuerdo de Dios para amarle, bendecirle, y alabarle; el de sus beneficios, para darle gracias; el de la pasión, para imitarla, agradecerla, saludarla y sentirla; el de las necesidades de nuestros prójimos, para pedirle a Dios el remedio en estas necesidades como la de estar en pecado tiene el de dolernos de ellos, primero como ofensas de un Dios tan infinitamente bueno y lo segundo, porque el pecado es muerte del alma. No se puede, Padre mío,* pasar sin decir en este recuerdo de Dios, y su memoria, que el alma que así lo procurare, gozará de muy grandes bienes, porque este estar la memoria llena de Dios, le hace despedir de sí todo lo que los sentidos le ministran de especies, que no le ayudan a esta memoria, y casi sin sentirse en todas las cosas que trata halla a Dios y siente a Dios y así obra conforme lo que quiere Dios. La memoria de los beneficios es una infinidad, que me dilatará mucho si todo lo dijera como lo entendí, así comunes, como particulares y esta memoria ayuda mucho para el ejercicio de las virtudes, y en especial de la humildad, pues vemos que todo lo recibimos y nada es nuestro. El tener en la memoria la pasión no se puede decir, ni entender los bienes que causa en una alma, algo he dicho en otros apuntes. El recuerdo de las necesidades de nuestros prójimos hace ejercitar la caridad, y otras virtudes, como la compasión y humildad, viendo las miserias, y desdichas a que estamos sujetos.

En el entendimiento hemos de procurar dos fines en todo lo que entenderemos: la gloria y agrado de Dios, y el bien y provecho de nuestros prójimos y aunque debemos procurar nuestro bien, esto ha de ser también para gloria de Dios de quien somos, y así nosotros hemos de cuidar y aumentar las virtudes, como quien tiene la hacienda de su Señor, a quien ha de dar cuenta de ello, y de lo que granjeó, y negoció. ¡Oh qué punto es éste! No malbarataremos el alma si entenderíamos bien el estrecho de dar cuenta de ella, y de lo que debiéramos haberla enriquecido con los cinco talentos de los cinco sentidos, por donde ella recibe todo lo necesario para esta negociación y los dos del alma y cuerpo, que componen al hombre, pues uno, y otro debemos emplear en servicio de aquel Señor que nos creó, gobernando lo racional a lo animal, para ayudarse el alma del

* Se refiere al confesor o al obispo.

cuerpo, como de un jumento, para caminar más presto a el centro, que es Dios. Mas, ¡oh qué dolor, que muchas veces se sujeta la razón al jumento, y se deja arrastrar contra la voluntad de su dueño! En estos dos puntos de la gloria de Dios, y provecho de nuestros hermanos, se encierra tanto, que no se puede decir todo pero quien se aplicare hallará bien lo que no digo. Pero como todas las obras del Señor tuvieron estos dos fines, veremos claro cuanto cuidado debemos poner en estas medidas, para que todo el empleo de nuestro entendimiento sea encaminar todas nuestras obras a mayor gloria de Dios y bien de nuestros prójimos, así en lo poco como en lo mucho. Su majestad nos lo conceda por quien es.

En la voluntad entendí, que en el punto en que nuestro Señor Jesucristo se halló hombre y Dios, amó aquella voluntad, como se deja entender, y como esta voluntad era tan noble, se inclinaba a corresponder aquel beneficio infinito. Viendo que el Padre le ponía la obediencia de redimir al linaje humano, y el amor que tenía a los hombres, fue tan grande el ímpetu de amor con que nos amó desde aquel punto, que no cabe en nuestros entendimientos, y sólo cupo en aquella voluntad tan encendida, derivándose este amor a nosotros del amor de su Padre. Pues la medida de nuestra voluntad por la de nuestro divino maestro, ha de ser entregarla toda a Dios, amándole como nos lo manda, con toda el alma, corazón y fuerzas, esto es, empleándolo todo en su servicio. Y viéndonos privilegiados con el beneficio de ser racionales, y tener nuestra alma semejanza con Dios y ser su Imagen, y capaz del mismo Dios, corresponderle a esta fineza, y beneficio tan grande como obedecerle, y amar a nuestros prójimos por el mismo Señor Dios nuestro. Así será el amor a nuestros hermanos perfecto, y de otra manera no pudiera serlo, porque amándolos porque Dios los ama, y por ser sus Imágenes, no se quebrará este amor, ni por sus faltas, ni por sus malas correspondencias, ni por las molestias que nos causaren, porque el motivo de amarlos es nobilísimo, y nace del amor que tenemos a Dios. Ojalá, y no soltemos estas medidas de la mano ¡Qué paz abundará en todos! ¡Qué concierto llevarán todas nuestras obras! Dios nos lo conceda por su santo amor.

La última de las obras de Sor María Anna se titula *Leyes del Amor Divino*. Es ésta una obra magistral, en el sentido exacto de la palabra, y está dirigida a las monjas, esposas místicas de Cristo.

A través de este tratado, la autora pretende enseñar las virtudes cristianas que a cada una la hagan "a los ojos del esposo, más graciosa, grata y agradable".

Como mujer culta, da primeramente una explicación teológica razonada de la virtud a la que se refiere y del vicio contrario a ella. Expone la necesidad de practicarla y termina exhortando gozosa y muy femeninamente a que la practiquen, puesto que con ella el alma se adorna, dice, "para las bodas de Jesucristo"... y ... "¡robará el corazón de su amado!"

Leamos la primera parte de esta obra:¹⁰²

En el seno del Padre Eterno descansaba, y gozaba de sus infinitas delicias el Verbo Eterno y sin darle descendió al vientre de una virgen llena de gracia, y hermosura, para celebrar en su tálamo purísimo bodas con la naturaleza humana, para por este medio levantarla de su caída, remediarla, engrandecerla y honrarla sumamente. Bajó, no como lo pedía la grandeza de tal esposo, sino como necesitaba la esposa, a quien venía a reparar; y como todos los daños que ella padecía, le habían venido por la soberbia, por eso bajó sumamente humilde, y celebró los desposorios en la doncella más humilde que ha habido, ni habrá, que al verse exaltada a la suprema dignidad, se humilló diciendo: aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra, dando lección a todas las almas que se dedican a ser esposas de Jesucristo, que todo su amor han de poner en ser humildes. A este tálamo gloriosísimo y dichosísimo, no se viene por grandeza, ni se consigue, sino es por la humildad. El esposo es el más noble, rico, fuerte, poderoso, sabio, hermoso, escogido entre millares, y de lo que hace ostentación en este desposorio, sólo es de la humildad, de donde viene, que si ésta le enamora, aquélla será su más querida esposa que fuere más humilde. Ésta ha de ser la dote, los atavíos y la hermosura, que ha de procurar la que quisiere ser escogida para tan feliz tálamo.

Las grandezas, y excelencias de la virtud de la humildad son tantas, que todos los doctores, y santos padres, se han empleado en manifestarlas y siempre queda mucho que decir en su alabanza. Mas a la esposa de Jesús baste saber, que esta virtud es la que hiere el corazón de su amado y la que le hace que vuele y venga a ella. Herísteme, hermana mía, y esposa, herísteme con uno de tus ojos y con uno de tus cabellos; esto es, con tu humildad, porque ésta es la que le agrada tanto, que luego al punto que la ve en su esposa, se viene a ella sin dilación, y así le basta a la esposa de Jesús saber esta excelencia de la humildad. Sólo resta detenernos en ver cómo la hemos de practicar.

La soberbia es presumptuosa, arrogante, temeraria; es una cie-

¹⁰² María Anna Águeda de San Ignacio, *op. cit.*, "Leyes del Amor Divino", lib. iv, introducción, pp. 350-355.

ga, loca, que no ve los precipicios a que se arroja, ni se deja guiar de la razón, ni de la verdad, antes todo lo atropella y saca de su quicio y lugar; pretende que todo le sirva de zancos para levantarse, apetece desordenadamente que nadie se le aventaje, y tener el más alto lugar, desde donde como ciega y desvanecida, cae tanto más profundamente, cuanto más alto se quiso empinar. ¡Oh vicio detestable, abominable y aborrecible! Qué confusión es, que este vicio domine a los hombres, que por su naturaleza son humildes, formados de barro y éste ya quebrado, arruinado, y envilecido por el pecado; pero ésta es la mayor miseria de la naturaleza humana, querer levantarse, y llegar a donde no puede, y por eso es tan aborrecible a Dios. Y por el contrario, le es tan grata la santa humildad, que en contraposición de la soberbia, toda su mira es a bajarse, rendirse, sujetarse, no apetecer la altura y estar en ella forzada y conociendo que no está allí bien; y así como la soberbia se mantiene de viento vanísimo, la humildad se sustenta de la verdad, que es lo más sólido y permanente, porque siendo verdad ciertísima, que somos nada, y que el ser, y cuanto con él tenemos, lo recibimos sin mérito, y que este ser, que de nada recibimos, se mantiene por continua conservación del poder divino y si cesara, al punto nos volviéramos a la nada, y aun por el pecado venimos a ser menos que la nada, como lo dijo la misma verdad Jesucristo, del infeliz Judas, que mejor le estuviera si no hubiera sido, con que es mejor no ser, que ser pecador. ¡Pues cómo se podrá levantar la criatura, sino cegando para no ver esta verdad!

Admiración es, que sólo al hombre formara Dios nuestro Señor del polvo de la tierra; pero más nos ha de admirar aquella sabiduría eterna, que conociendo los daños de la soberbia, nos quiso asegurar y librar de ella, con la bajeza de nuestro ser y formarnos del elemento más humilde, cual es la tierra, y de ésta escogió el polvo, que es juguete del aire, para que cuando nos quisiéramos levantar, temiéramos la caída y no nos atreviéramos a tal riesgo y huyéramos del viento de la soberbia, que ésta levanta para derribar.

Esta humildad es como natural, porque la razón la dicta y la experiencia nos la enseña, sirviendo de maestros tantos ejemplos a que ayuda, para más conocer nuestra miseria, las enfermedades, la corrupción, de los cuerpos y que al fin se convierten en polvo, y estamos esperando el mismo suceso por nosotros, y así con este conocimiento, sólo nos basta para no apetecer honra, ni dignidad, para avergonzarnos más de vernos estimados, que despreciados. Ejercitándose el alma en estos conocimientos, Dios, que tanto cuida de los humildes, la levanta a una humildad sobrenatural: lo primero, alumbrándola y enseñándola a que apetezca el desprecio, y la humildad por imitar a Jesucristo. He aquí un modo

maravilloso con que las miserias y propia vileza, se mudan de suerte, que lo que era propiamente lodo, se convirtió en finísimo y acendrado oro. Éste es un modo de proceder con sabiduría del cielo, ya no hay repugnancia al lugar último, ya se buscan y aman los desprecios, las deshonras tan temidas. Los trabajos, compañeros de la humildad, son apetecidos, ¡con qué gusto se sujeta! ¡Con qué rendimiento obedece, calla y deja que todos la dominen!

Con este proceder se dispone el alma y es levantada a más alto grado de humildad y es por una luz sobrenatural, con que Dios la ilumina, para conocer el ser inmutable de Dios, su grandeza infinita. Ve en esta luz la distancia infinita que hay de Dios a la criatura. Ve y conoce lo que es una criatura concebida en pecado y pecadora delante de Dios. Aquí desfallece y necesita del mismo Señor, que la conforte. Aquí sí que llega el alma a la verdadera humildad, tanto más, cuanto fuere el conocimiento que recibe del incomprensible Ser de Dios. Aquella suma, e infinita santidad y la propia maldad. Aquella impecabilidad, y la propia malicia, etc. Aquí es enseñada para saber su flaqueza, ruindad y miseria, se aniquila, desestima, y deshace. Conoce cuánta razón y justicia es, que la criatura en todo y del todo se sujete a su Dios y le obedezca, y se le humille, venerando sus juicios y alabándole en todo tiempo, así en la adversidad, como en la prosperidad. Conoce cómo cuanto uno es más santo, tanto es más humilde; y así el santo de los santos, Cristo nuestro Señor en cuanto hombre, fue el más humilde, y obedeció a su Padre con más rendimiento que todos los hombres juntos, sin comparación. Y la fénix de la naturaleza humana, María santísima, así como la excedió en santidad, la excedió en humildad. Y los santos tanto cuanto lo son, así son de humildes, y no hay que admirar se tengan por tan grandes pecadores, no siéndolo, porque a la luz divina las faltas, las ven tan grandes, que juzgan no pueden caber en otra criatura, y juntamente conocen a lo que están sujetos.

La humildad con propiedad es llamada madre de las virtudes, porque de ella nacen. El alma de verdad humilde, teme, reverencia, cree, y ama a Dios, le venera y respeta y por Dios a toda criatura, desestima todo lo terreno, y deja vacío su corazón, para que el Señor se lo llene. Quien se reconoce por indigno de todo, ¿cómo deseará lo ajeno? ¿Y si a todos los venera, y estima, cómo les hará daño? La humildad da fortaleza y hace que el alma obre cosas grandes, porque como no se fía de sí, y sabe que todo le viene de Dios, con esa confianza las emprende, y por ella las consigue; sin humildad, nada vale, ni sirve, porque lo bueno que se obra sin Humildad, más daña, que aprovecha.

Dichosa el alma que con esta gala se adorna para las bodas de Jesucristo, que con ella será admitida, y robará el corazón de su amado, y estará dispuesta para recibir los dones del celestial esposo, y los sabrá guardar, y apreciar, que es condición de la humildad ser agradecida. No sin acuerdo se puso por introducción de las leyes de amor, que debe guardar la esposa de Cristo, la humildad, pues con ella las observará con gran cuidado, y vigilancia y crecerá en toda gracia, y hermosura, mereciendo ser levantada y enriquecida con los tesoros de las virtudes, para gozarse en los brazos, y abrazos de Jesús, y cantará, y publicará, que si es negra por el profundo conocimiento de sí propia, es hermosa por los favores que recibe de su amado y querido esposo. Oh, y quiera Dios dar virtud, y eficacia a estas pobres, y humildes palabras, para que se sellen en los corazones de las candidas azucenas y purísimas vírgenes, y nunca las olviden y siempre tengan presente la humildad con que deben portarse en el palacio real de la soberana majestad de su esposo y las leyes a que les obliga su santo y casto amor, que son las que se siguen.

Ella habla de leyes, pero no de leyes negativas, no de prohibiciones, habla de las leyes positivas del amor, de la actividad constante del que ama para parecer agradable al amado.

Si este tema se profundiza, se encuentra su clara vinculación y raigambre en el extraordinario libro bíblico de los *Cantares*. En él está también el ambiente místico del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, aunque no haya una clara derivación, ni mención expresa.

En todas sus obras aparece otra faceta de la personalidad de María Anna: la mística. Para conocerla bien necesitaríamos leer unos escritos suyos, no publicados, que son su autobiografía. Se trata de las cartas referentes a sus experiencias espirituales que escribió por orden de su confesor. El P. José Bellido las consultó para escribir su biografía, pero desconocemos qué hizo después con ellas. Afortunadamente, por algunos párrafos textuales que intercaló en su obra, podemos acercarnos más a la intimidad de su alma y vislumbrar el fuego místico en que ardía.

Entre esos manuscritos en que habla de su relación con Dios, hay uno que, al relatar una visión, saca a flote ese amor apasionado que es incendio en el místico y que era como en Santa Teresa la razón de su vida, de sus estudios y de sus escritos.

El grado de ese amor no lo declara en sus pequeñas obras devotas, ni en los tratados teológicos, lo confiesa solamente en la intimidad

de sus cartas, redactadas sólo para el que ya conocía lo más recóndito de su alma, mas nunca para el público.

He aquí una parte de estas epístolas:¹⁰³

...Se me representó la Santísima Trinidad por un modo de especies espirituales, y sentí que pasó mi alma a un nuevo modo de amor: el padre imprimió en mí esta locución: yo hiego los corazones con saeta poderosa con mi hijo unigénito; el hijo me decía, yo hiego las almas y corazones con las saetas de todas las finezas, que ejecuté por los hombres, en todos los misterios de mi vida, pasión y muerte; el espíritu santo me decía, yo hiego con flechas de luz y de fuego. Cada día se me aumenta este conocimiento, y no puedo menos que confesar al mismo Dios, a todo el cielo y tierra, y a Vuestra Merced (su director) que me hallo toda herida, llagada y penetrada con tan divinas saetas y flechas de amor. ¡No amo, ni quiero más que a Ti sumo y único bien de mi alma, toda me tienes rendida, así mi amor fuera un infinito de amores! ¡Oh si mi voluntad fuera infinitamente mayor, que todas las voluntades, y a todas las comprendiera y a todas las que son posibles para amaros Dios mío, amor mío, dueño mío! Nada soy, menos que nada soy; pero sólo para amaros quisiera ser más que todos los ángeles y hombres, y todo es nada, nada: ¿Señor, cómo te amaré? Eres mi Dios y yo tu criatura, ámate a ti por mí, amado dueño mío, esposo amantísimo de mi alma: ese infinito amor te ofrezco, pues no puedo tenerlo, y desde el abismo de mi nada, clamo y pido amor para amar; Jesucristo Dios y hombre verdadero, como cabeza mía, ama por mí, y úneme a ti para amar contigo. María santísima, ángeles, santos, criaturas todas, amad por mí a mí solo y único amado y amador. ¡Oh amador verdadero! Oh amor, amor, repite las heridas más y más, hasta consumir la vida, y vuelva a vivir, para volver a morir de amor. Después de este paso, a un nuevo modo amar se siguió otro, y fue pasarse a vivir con su vida: estaba después de comulgar abstraída de los sentidos, y en este recogimiento, me dijo amorosísimamente mi dulce amador: Ya no vives tu vida; porque mi vida es tu vida. ¡Oh palabra suavísima, regaladísima y poderosísima! Al punto me hallé en aquella vida, vida verdadera; pero lo que vi, sentí y gocé, no es posible que lo diga, ni cabe en palabras, ni cupiera en mi deseo antes de experimentarlo; porque ni para desearlo, lo podía llegar a pensar... Sucedióme después de esto, que encendida en deseos de amar más y más, daba mi alma voces con grande afecto y decía: quién me dará amor para amaros Dios mío, y diciendo esto, me mostró mi Señor su corazón divino

¹⁰³ Joseph Bellido, *op. cit.*, pp. 41-43.

abierto todo, hecho un divino incendio, y me dijo: Aquí hallarás el amor, metiéndome en aquel fuego, fue para mí como una mina de infinito amor. Yo meto en esta mina divina todas las almas y corazones, deseando que todas ardan y arder yo con todas y en todos. Oh amor que nunca satisfaces, nunca dices que se ha llenado tu deseo, mientras más sientes, más deseas, más ansias tienes de amar, pero no es mucho, pues eres limitado y el objeto del amor es infinito; no puede saciarte el amor de todos los coros de los ángeles y santos y el de todas las criaturas. No me admiro que San Agustín deseara ser Dios, sólo por amar a Dios: porque sólo su infinito amor, con que se ama dignamente, saciará y dejará descansar mi amor; gózome que te ames Dios mío, como mereces ser amado, y este mismo amor te ofrezco pues no puedo tenerlo: dame Señor mío, que todas las almas se abrasen en esta mina, dame que todos los corazones se unan al corazón de mi Jesús. ¡Oh fuego! ¡Oh llama! ¡Oh incendio! apodérate de todas las criaturas, arrebatáanos, y llévanos en tus alas de fuego. Ay Dios, por qué no te aman todos, amante Señor, ámente más y más: venid almas, que abierto tiene su corazón mi Jesús: patente está la infinita mina del amor, a todos convida, gocémosle todos: atraed dueño y Señor, atraed todas las almas, ardan todas en la fragua del amor.

Este párrafo, que merece incluirse en la antología de la mística castellana, es uno de los más bellos exponentes de la literatura femenina novohispana. El tema y la forma de expresarlo nos llevan a pensar que María Anna Águeda de San Ignacio tiene muchos títulos para ser gloria de las letras de México y de la América Hispana, como lo son la colombiana Madre Castillo y Sor Juana Inés de la Cruz.

La cultura de María Anna arde aquí en aras del Amor. De ese gigantesco amor que era comunión con todas las criaturas cuando grita su corazón: "¡Oh fuego!, ¡Oh llama!, ¡Oh incendio! apodérate de todas las criaturas, arrebatáanos y llévanos en tus alas de fuego..."

A través de toda su obra se va descubriendo esa asimilación con el pensamiento paulista. Su amor a Cristo redentor que la va llevando a la entrega total. Lo vemos en una de sus últimas cartas en la cual, hablando de una "divina locución", dice:¹⁰⁴

Dijéronme en lo secreto íntimo de mi alma, el Hijo vive en el Padre: aquí tuve yo inteligencia de que viviendo yo la vida del Hijo, había de vivir con él en el Padre: en esto me vide dentro

¹⁰⁴ Joseph Bellido, *op. cit.*, p. 47.

del santísimo Hijo, y en el mismo Padre y el Espíritu Santo causaba aquella unión tan divina; parecíame verme como transformada en ella, contemplándola con una delicadeza o delgadeza, no sé qué nombre darle: Oí otras palabras que decían: date prisa, sal de ti, que es cumplido el término de tus días. Yo entendí en aquel punto, si esto se me decía, porque llegaba mi muerte, o en otro sentido, mas toda me resigné en la voluntad divina, y aunque deseaba que se acabaran mis días por muerte, era con una total dejación de mi voluntad en la divina; pero luego entendía, que se acabaron los días de mi vida, porque entraba en aquel día entero de la vida de Dios, por ayuntamiento de mi vida en la de Jesucristo, que ya mi vida era de todo punto acabada; porque Jesús la vive.

Que es lo mismo que el decir de San Pablo, "vivo más no yo, porque Cristo vive en mí".

El místico se entrega en forma total a la práctica de las virtudes, con el mismo fervor con que ama, porque precisamente los vicios que le son contrarios lo separarían del Amado.

Más de la mitad de la biografía que escribió Bellido está dedicada a mostrar al lector las virtudes de Sor María Anna. Nos habla de su humildad, de su obediencia, justicia, fortaleza, templanza, castidad, de esa limpieza de corazón que la hacía actuar siempre sin la menor malicia; de su caridad que no fue limosna arrancada a la avaricia, sino amor respetuoso de la dignidad de la persona humana. Actitud que se manifiesta en todas las formas de la convivencia como lo fue su comprensión y respeto a la opinión ajena; "jamás reprobó, ni exasperó a las de parecer contrario, ni les habló palabra o dio razón que pudiesen sentir". Jamás cantó victoria, ni se jactó de haber conseguido lo intentado.

A pesar de haberse retirado de intereses mundanos al entrar al beaterio y profesar en un convento, no se aisló de su ambiente social, pues entendía que el don de Dios debía compartirse y que la caridad espiritual era la más exquisita. Por ello fue maestra siempre. De pequeña enseñó a las niñas de la Amiga, de joven a las doncellas que vivían en la vecindad donde ella habitaba, lo mismo las letras que el modo de servir a Dios y practicar la virtud.

En sus años de beata, aprovechó su oficio de tornera para aliviar las necesidades materiales de los pobres, y muy especialmente las espirituales. Dice su biógrafo que allí era donde convertía a los viciosos a buena vida, reconciliaba a los matrimonios desavenidos y aconsejaba a quienes solicitaban su orientación. Esto se incrementó

más siendo monja. A su reja acudían muchas personalidades, a la par que humildes personas, en busca de su dirección.

Su fama de mujer prudente llegó a tanto que una "persona de autoridad", cuyo nombre y cargo desconocemos, le pidió escribiese una *Instrucción para el gobierno de su persona, oficio público y familia*. Esta obra que la hizo enseñar hasta el modo de ejercer un cargo público no se ha impreso, pero tal vez exista en algún archivo particular.

Su actividad docente dentro del convento la ejerció primero como maestra de novicias y después como priora. Todo el tiempo que tuvo este cargo acostumbró hacer una reunión semanal en la sala de Capítulo, en donde "sentada en la Silla de su Oficio, sin prevención, ni meditación... derramaba una saludable doctrina" sobre las monjas de su convento.

Precisamente para enseñar a todas en la forma de cumplir los cargos conventuales escribió, siendo ya priora, aquella obra mencionada *Modo de ejercer los oficios de obediencia con aprovechamiento espiritual*.

Este mismo carácter docente lo tiene el tratado sobre las leyes del amor Divino.

Si consideramos las razones por las que se escribieron el *Mar de Gracia*, *Los Misterios del Rosario* o *Las Medidas del Alma*, veremos que fueron las de enseñar la teología católica, los caminos de la vida ascética y la mística.

Esta característica de su personalidad de dar a los demás la realiza también en obras materiales. Ayudaba hasta donde podía a sus monjas, a los parientes pobres de éstas. A los miserables que acudían al torno del convento, llegó a darles su hábito, su capa, su ropa interior y hasta las sábanas de su cama.

La virtud de la fe la vivió desde niña y la acrecentó con los años. La llegó a valorar como fundamento y razón de su vida, como horizonte que lleva al infinito la limitada razón humana, única capaz de saciar la sed del saber. Leamos lo que nos dice ella misma:¹⁰⁵

Confíesote y alábote Dios verdadero, inefable Trinidad, verdadera, e inseparable unidad en la sustancia, y en las personas trino. Yo te bendigo, glorifico, y hago gracias de toda mi alma, porque me hiciste hija de tu iglesia santa, mi madre querida, alumbrándome con tu santa fe. Fe amable, que su tiniebla es resplandeciente, y el luminar grande y hermoso del cielo de tu iglesia, que hace lucir y da luz a sus hijos, como el sol a las

¹⁰⁵ Joseph Bellido, *op. cit.*, pp. 194-198.

estrellas. ¡Oh santo Dios liberalísimo dador! ¿Cómo te agradeceré este beneficio tan apreciable, y estimable? ¡Oh fe divina, que me guiaste y me pusiste a la vista el inmenso piélago del ser divino! Tú me das noticia de su grandeza interminable, de su sabiduría, de su hermosura, bondad, e infinitas perfecciones. Del misterio admirable de su ser, uno, y trino: de todos los misterios y artículos que debo creer: de los sacramentos, de que me he de valer, y usar para participar de este ser divino por medio de la gracia, que comunican; de los mandamientos y doctrina, que debo guardar, y virtudes, que necesariamente debo ejercitar. Con la cual noticia abrasada mi alma en el amor de tan sumo bien, mediando tú, ¡oh fe santísima! y guiándome entré a navegar en este infinito abismo, en este mar sin suelo, en este golfo, que no tiene término; en mi Dios digo, asegurada y estribando en ti, que sola tú tienes este poder en este destierro. Quien no te sigue peligrará. Quien te deja se pierde. Oh fe, fe amable madre mía, ¿quién pudiera decir lo que me enseña? Muy bien lo dicen, los que con tu luz han hablado como hijos tuyos grandes. Yo soy pequeñita, y no sé hablar. Sólo me gozo de ser hija tuya, andar en tus brazos y ser sustentada con tu leche regaladísima. Tú me consuelas en las ansias de gozar al que por ti conozco, y me dices me regale y me entretenga en este destierro con su amor; mirando que si es poderoso, con su poder me creó, y creó todas las cosas para mi bien, conservándome y conservándolas. Creó los cielos, para que en ellos le goce. Creó los ángeles y para mi guarda los destina. Creó el sol para que me alumbrase. Creó las estrellas, para que goze sus influencias. Creó los elementos, y cuanto hay en ellos; para que me sustenten, me sirvan y aun me recreen. Si es sabio, con esa sabiduría trazó mi remedio, estando perdida por la culpa. Si es santo y justo, me santifica y justifica. Si es bueno con su bondad me perdona. Si es hermoso, esa hermosura te comunica, por la gracia. Si es clemente, contigo usa de esa clemencia. Si es caridad, con ésta te ama. Si es fortaleza, con ella te defiende. Si es inmenso, con él vives, eres y te mueves y puedes gozar en todo lugar y tiempo de su amable presencia. Si es comunicativo, mira cómo se comunica a ti, por medio de los sacramentos, especialmente por el de la eucaristía, que como es sacramento de amor, todo se da en él. Mira cómo te regala, y comunica por la oración, mira cuántas señas te da en ella, de quién él es y de lo que te ama. Estas cosas me enseña tu Fe Santa, y todas las que por no alargarme no digo; pero en todas me enseña, que mediante ella las conozco y las confieso. Y mediante ella te conozco a ti, te amo y espero gozarte en la vida eterna. Haced, Bien infinito de mi alma, que todas las naciones, gentes y generaciones gocen este bien de ser hijos de tu

iglesia, que todos te conozcamos y amemos en esta vida y te gozemos en tu gloria por toda la eternidad.

María Anna habla del valor de la fe para el conocimiento de Dios y sostiene, al igual que Sor Juana Inés de la Cruz, que la fe alcanza más que la sola razón humana, es decir que da un conocimiento suprarracional de Dios. A esas verdades que ella conoce y en las que cree por la fe, la bondad de Dios añade en la experiencia mística "nueva luz". Veamos lo que textualmente dijo de esto a su confesor:

Yo confieso, que estas cosas las creo por la santísima fe; pero no sé, qué es, cuando Dios da ésta como nueva luz que añade a la fe causa tales efectos, que no se pueden decir; sino que por último se me quedan escondidos y me enferma el cuerpo, que me parece ando con calentura, como desmemoriada y desatinada, con un temblor interior que parece a cada paso me he de caer, y así trastabillo y ando como si estuviera tomada del vino; la cabeza padece mucho y esto que escribo dudo lo pueda leer usted; porque no puedo llevar la pluma con concierto.

Ese nuevo conocimiento provocaba en su voluntad un más profundo amor que, como explica su biógrafo, hacía "que anduviese fuera de sí, arrebatada con los resplandores de tan altos conocimientos". Este binomio, más conocimiento mayor amor, que es el propio de los místicos, se acrecienta en el teólogo. Así lo vemos por ejemplo en San Agustín que mientras más se entrega al conocimiento divino, más se inflama en el Amor. Hay en sus *Meditaciones*, que Sor María Anna pudo conocer en la traducción de Montesinos, párrafos que nos muestran una gran similitud.*

A los sesenta y un años de edad, el 25 de febrero de 1756, falleció la Priora Sor María Anna Águeda de San Ignacio en su convento de Santa Rosa de la ciudad de Puebla de los Ángeles. Fue colocada en un féretro descubierto, coronada de flores y con una palma en las manos, tal y como aparecen las monjas difuntas en las pinturas que conocemos. Así permaneció expuesta al público durante tres días, mientras se preparaba su sepultura "de piedra y cal" bajo la craticula.

Para el entierro, que fue concurridísimo, se la colocó en una caja forrada de hoja de lata y se la llevó en procesión por el alfombrado y enflorado claustro del convento, mientras las campanas de todas las iglesias poblanas doblaban a muerto.

* Un estudio completo de las obras de María Anna nos podría dar más luz en este tema de la influencia agustiniana.

El 14 de julio de 1756 se celebraron las solemnes honras fúnebres, que mandó decir y presidió el obispo de Puebla Don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu. El padre José Bellido nos relata que asistieron el gobernador, alcaldes y regidores de la ciudad, el cabildo eclesiástico, "la nobleza" y las órdenes religiosas, y "fue necesaria diligencia haber puesto varios soldados de guardia a las puertas, para que moderasen y contuviesen las olas del innumerable pueblo".

Frente a la reja del coro bajo, se levantó una gran pira funeraria, primera que conocemos hecha en honor de una monja (seis años después, en 1764, se levantaría allí la pira de propio obispo que al morir dejaba el corazón a su amado convento de Santa Rosa).¹⁰⁶ Estaba "cubierta de paños negros de terciopelo, galoneados y con mucho número de antorchas, de la más fina cera, cercada alrededor de gruesas hachas de cuatro pabilos y repartidas otras muchas luces por toda la iglesia y para las manos de los asistentes más distinguidos".¹⁰⁷

Los músicos de la catedral poblana entonaron la vigilia. La misa la dijo el Dr. don Vicente Ronderos, canónigo de la catedral y el sermón el P. Maestro fray Juan de Villasánchez, O.P.

La ciudad de Puebla rindió así homenaje a esta distinguida criolla que le dejó construido uno de los más hermosos edificios de la ciudad y nos legó en sus obras un testimonio de lo que fue el espíritu y la cultura de aquellas mujeres, nuestras antepasadas.

Las obras de María Anna Agueda de San Ignacio pasaron por la censura del Santo Oficio de la Inquisición, que hizo temblar "justa" o injustamente a los teólogos y místicos de aquellos tiempos. Nunca fue condenada, por el contrario, su pensamiento fue considerado siempre como exponente de la más pura doctrina católica, y sus obras teológicas con todas las aprobaciones, bajo el patrocinio del Obispo de Puebla, fueron publicadas en México el año de 1758, en un solo volumen, bajo el título de *Maravillas del Amor Divino selladas con el sello de la verdad*.

La única mujer conocida que tomó la pluma para escribir intencionalmente sobre teología, entendida ésta como el conocimiento de Dios visto desde una circunstancia particular, fue la criolla novohispana María Anna (Aguilar Velarde) Agueda de San Ignacio.

En toda la obra hace derroche de esa gran cultura, que según Luis Vives, en su tratado sobre la educación femenina en el siglo XVI, debía poseer toda mujer cristiana.

¹⁰⁶ Francisco de la Maza, "Las piras funerarias en la historia y en el arte de México", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, Imp. Universitaria. 1946.

¹⁰⁷ Joseph Bellido, *op. cit.*, p. 149.

Escribe el latín con propiedad, maneja las Sagradas Escrituras con gran facilidad, citándolas siempre en latín y explicándolas con claridad en castellano, demostrando al aplicar los diversos versículos en sus escritos, el profundo conocimiento que tenía de la *Biblia*. Por ello dice el P. Villasánchez: "María Anna supo, entendió y con admirable erudición muy sutilmente explicó y escribió del *Salterio*... y del *Libro de los Cantares*... y de todos los Libros de uno y otro testamento".

Ella es ciertamente la precursora de las teólogas americanas. Nadie es teólogo si no es antes exegeta y María Anna es fundamentalmente una intérprete de la Sagrada Escritura. Es además concedora de la tradición patrística primitiva de la Iglesia, hecho que nos revela que los escritos patrísticos eran usados en la Nueva España en estas épocas aun por las mujeres.

Además de su cultura bíblica y patrística, se nota en ella una influencia tomista muy marcada, tanto por el carácter escueto, quizás racionalista, de sus escritos como por su apertura y mesura. Esta influencia tomista fue la que la salvó de desbarrar en temas tan poco evangélicos o tan alejados del pensamiento bíblico como el tema de la Leche de María. Es más, al final de la lectura de esa obra de la que presentamos sólo unos párrafos, después de haber leído conceptos tan bien formulados sobre la ejemplaridad de Jesucristo, sobre la grandeza del hombre y de la creación, o de la oración, se puede concluir que el tema anunciado de la leche de María está de más, aunque se entiende, si se considera que al autora vive el esplendor barroco, y esta temática es en sí un barroquismo de su pensamiento.

En todas sus obras María Anna va muy apegada al texto de la escritura, busca la idea y la expresa con un concepto claro y redondeado, donde la emotividad tiene su parte, pero proporcional y justa. Lo que queda al final de la lectura de los trozos místicos salidos de su pluma y presentados en este libro es la figura límpida, escueta, noble y sencilla de Jesús. La identificación con él es la única finalidad de la mística; identificarse con él en su humanidad y en su divinidad, veneración respetuosa al Verbo de Dios y aprecio de la humanidad. De este último aprecio se deriva el respecto a la persona humana, como se ve claro en la vida de María Anna. En esto también es ella una auténtica dominica, plenamente imbuida del Evangelio.

Del aprecio a la humanidad de Jesucristo sale también su interés, el interés social del que habla el biógrafo. De la identificación con Jesús, dedicado primordialmente a los pobres, y de la veneración de la humanidad de Jesucristo, brota también la atención al necesitado.

La dedicación al pobre y la vida pobre son criterios para juzgar al verdadero teólogo del *dilettante*. Porque el teólogo, la teóloga, en este caso, no predicán sólo por la palabra escrita sino por medio de su existencia. María Anna es una competente teóloga por la precisión de su doctrina, y es una teóloga auténtica por la práctica evangélica que la avala. En ella el criterio práctico y el teórico tienen validez.

Finalmente, es teóloga también en su actitud para buscar la verdad de Dios. Ella sabe bien que no se va a enfrentar "con una verdad impersonal y fría, sino con el Yo mismo de Dios que en la Revelación se ha hecho 'Tú' para el hombre y ha abierto un diálogo con él, en el que se manifiesta algún aspecto de la riqueza insondable de su ser"¹⁰⁸ y que, por ende, la actitud del teólogo debe de ser humilde y llena de fe, pues en el campo teológico, la razón se apoya en la fe. Pero a esto hay que añadir el deber de dedicarse a la oración para alcanzar esa luz interior que lo guía en la búsqueda de la verdad. Así lo han entendido todos los teólogos, y así lo entendió San Anselmo, cuando en el principio de su obra teológica escribió: "Dios, enséñame a buscarte y muéstrate a mí que te busco, ya que no puedo buscarte ni encontrarte si tú no te muestras".

Semejante actitud fue siempre la de María Anna, por ello la firmeza con que habla de la necesidad de la oración, de la motivación que hace en sus escritos y de la vida de oración que ella misma lleva y que la convierte al mismo tiempo en mística.

Por todo esto reafirmamos que es teóloga en todo sentido de la palabra.

SOR JACINTA DE SANTA CATALINA

En ese hermoso convento de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Oaxaca, fundado por el Illmo. Bernardo de Alburquerque en 1577, vivió una inteligente monja que haciendo honor a la tradición cultural de la orden dominicana a la que pertenecía, se dio al estudio de la teología. No debe haber sido obstáculo para ella el conocimiento del latín, ya que en este convento desde su fundación, según nos dice Fray Francisco de Burgoa, se puso especial interés en que las mujeres que iban a ingresar en él aprendiesen esta lengua.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Juan Pablo II, "Las actitudes del teólogo. Homilía del romano pontífice en la inauguración del curso académico de las universidades y centros de estudios eclesíásticos de Roma", *Osservatore Romano*, Roma, 15 de octubre de 1979.

¹⁰⁹ Fray Francisco de Burgoa, *Geográfica descripción*, t. I, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934, cap. xx, pp. 197-203.

Esa mujer que en el convento llevó el nombre de Sor Jacinta de Santa Catalina, estudió la teología tomista, pero también al teólogo jesuita Francisco Suárez. Y así, a pesar de ser monja dominica, su pensamiento se inclinó hacia la doctrina de Suárez. Su íntimo pensar a nadie le hubiera interesado, pero como "escribió muchas obras llenas de profundísima teología" que contenían "toda la doctrina de los jesuitas contra los tomistas", sus escritos fueron requisados por los dominicos, bajo cuya jurisdicción estaban las monjas.

Así sus obras fueron a parar al convento grande de Santo Domingo de Oaxaca.¹¹⁰

Desgraciadamente los archivos de este convento se dispersaron y ahora no sabemos dónde estén las obras de la teóloga Sor Jacinta de Santa Catalina.

SOR CONCEPCIÓN ELQUERINA DE CÁRDENAS (1790-1835)

Nació en Mérida, Yucatán, el 7 de enero de 1790, fue hija de don Mateo de Cárdenas y doña Josefa Escobedo. De niña recibió en casa de sus padres una esmerada educación que ella por propio interés incrementó cuando a los 14 años entró como educanda al convento de la Concepción de su ciudad natal, profesando después como religiosa a los 19 años. Allí tuvo por maestra a una culta monja, Sor Petrona de Herrera, que la guió en el estudio de las humanidades. Así aprendió gramática latina y griega estudiando a los clásicos y a los padres de la Iglesia, por su interés en las sagradas escrituras.

Sus intereses culturales tenían que orientarse, dado el siglo de la ilustración en que vivía, hacia Francia, por ello estudió francés, lengua que anteriormente no formaba parte de la cultura femenina en la Nueva España.

Dice Justo Sierra en el artículo que publicó en la revista *Museo Yucateco* en 1841: "Traducía con propiedad no sólo los más difíciles pasajes de la sagrada escritura sino a los clásicos latinos del siglo de Augusto", e hizo un sólido y brillante juicio crítico sobre *Los mártires de Chateaubriand* leyéndolo en su idioma original. Sus conocimientos de la lengua castellana se manifestaban en la claridad y perfección con que se expresaba ya de palabra o bien por escrito.

Fue una escritora nata, en la que aun la caligrafía resultaba de gran perfección, "hermosa y delicada". Escribió mucho pero todas

¹¹⁰ Fray Francisco Ajofrín, *Viaje que hizo a la América en el siglo XVIII...*, México, Tip. Galas, 1964, t. II, p. 87.

sus obras fueron por disposición suya quemadas a su muerte. Sin embargo, por el testimonio de sus contemporáneos, sabemos que escribió ensayos, apuntes en prosa y en verso letrillas y sonetos que tal vez conserven algunas familias de la hermosa ciudad de Mérida.

Supo aunar a lo que podría llamarse los intereses meramente humanos, los religiosos que su carácter de cristiana y de monja le reclamaban. Ocupó en el convento los puestos más importantes hasta llegar a ser abadesa, distinguiéndose siempre por su humildad y amor a los demás. Tuvo fama de gran asceta, mujer virtuosa y monja sabia de vida edificante no sólo para su comunidad sino aun para todos los hombres cultos y mujeres que acudían a visitarla tras la reja. Murió el 3 de febrero de 1835.